

Nave de sombras

Fritz Leiber

-¡Ssssonssso! ¡Nesssio! ¡ Ffffeo! -bufó el gato, y mordió a Spar en alguna parte.

El cuádruple alfilerazo le hizo olvidar las náuseas de su creciente resaca, por lo que la mente de Spar flotó en la negrura de Windrush tan libre como su cuerpo. Muy lejos, hacia el Puente o la Popa, brillaban dos o tres luces de navegación, débiles y vacilantes como fuegos fatuos.

Le llegó la visión de una nave con todas las velas desplegadas, desliziéndose sobre aguas azules rizadas por el viento, contra un fondo de cielo azul. Ahora esos nombres ya no le parecían obscenos. Pudo oír el silbido del viento cargado de salitre a través de oben-ques y estays, su redoble contra las velas tensas y los crujidos de los tres mástiles y de todo el maderamen de la nave.

¿Qué era madera? De algún lugar le llegó la respuesta: Plástico vivoooooo. Y ¿qué fuerza aplastaba el agua, impidiendo que se elevase en grandes burbujas, y evitando que la nave echase a volar con la quilla más arriba que los palos, dando vueltas por el aire?

En vez de parecer borrosa y difuminada como la realidad, la visión era brillante y de contornos perfectamente nítidos. Spar no dijo nada, por no tener que escuchar:

«¡Muchchcho vesss tú! ¡Vi-dente! ¡Vissssionario! ¡Linsssse, que erness un linsse!»

Tanto hablar de la vista molestaba a Spar -¡malos modales de gato!-; pero luego sintió una irracional oleada de esperanza en relación con sus ojos. Decidió que aquél no era un gato-brujo escapado de sus sueños, sino un vagabundo que se habría abierto paso a través de un tubo de ventilación hasta el Mesón del Murciélago, interrumpiendo sus visiones. Había muchos animales extraviados aquellos días de miedo a las brujas y despoblación de la Nave, o Por lo menos de la Bodega Tres.

El amanecer iluminó la Proa entonces, bañando de luz violácea el rincón delantero del Mesón del Murciélago. Las luces de navegación se ahogaban en un resplandor blanquecino cada vez más intenso. Al cabo de veinte segundos, Windrush quedó tan iluminada como en cualquier otro Día de Faena o cualquier otra mañana.

El gato avanzó contorneando el brazo de Spar; una mancha negra para sus ojos cegatos. Entre los dientes, que Spar no podía distinguir, sujetaba una mancha gris más pequeña. Spar la tocó. Tenía el pelaje más corto, pero estaba fría.

Como si le hubiera molestado, el gato saltó alejándose del desnudo antebrazo con fuerte impulso de sus patas traseras. Se asió hábilmente al obenque más próximo, una tenue línea gris que desvanecía en ambas direcciones, hacia las paredes.

Spar cambió de postura a su vez, sujetándose con los dedos los pies a su propio obenque, no más grueso que un lápiz, y bizque para mirar al gato.

Este le devolvió la mirada con ojos que eran dos manchas verdes casi confundidas entre el negro pelaje de su cabezota.

Spar le preguntó:

-¿Es tu hijo? ¿Está muerto?

El gato soltó su paquete gris, que permaneció flotando al lado de su cabeza.

-¿Hijo? ¡Ufff! -su voz sibilante expresó aún más desprecio que antes-. ¡Es un ratonssito que assesssiné, sssonssso! Los labios de Spar se fruncieron en una sonrisa.

-Me gustas, gato. Te llamaré Kim.

-¡Kim! Muy lisssto tú -escupió el gato-. Pues yo te llamaré sssonssso. ¡O mejorr, nessio!

Los ruidos aumentaron en intensidad, como siempre solía ocurrir al amanecer y al mediodía. Los obenques chirriaron. Las paredes crujieron. Spar volvió la cabeza con rapidez. Aunque la realidad era naturalmente borrosa para él, sabía distinguir cualquier movimiento con precisión infalible. Keeper flotaba lentamente, pero derecho hacia él. Sobre su cuerpo redondo y bermejo, la cabeza era una gran bola pálida cuyo centro colorado, la nariz, distraía de las dos diminutas manchas pardas que eran sus ojillos. Uno de sus robustos brazos terminaba en un brillante reflejo de plástico retráctil, y el otro en una sombra destello de acero. A sus espaldas quedaba el cárdeno rincón de popa del Mesón del Murciélago, con la gran barra circular brillante que llamaban el Ruedo.

-¡Pedazo de vago! ¡Gandul! -fue el saludo de Keeper-. Todo el Día del Sueño roncando mientras yo montaba guardia. Ahora te traigo tu bolsa matinal de Niebla de Luna, a ver si te despeja. 'o

Luego añadió, en tono sentencioso:

-¡Mala noche ha sido ésta, Spar! Hombres-lobo, vampiros y brujas sueltos por los corredores. ¡Ya me guardaría yo bien de acercarme, para no hablar de las ratas y ratones! He oído a través de los tubos que los vampiros cogieron a Girlie y a Sweetheart, las muy estúpidas... ¡Vigilancia, Spar! Ahora, sóplate tu Niebla de Luna y ponte a barrer. ¡Este sitio apesta!

Alargó la mano con el brillante plástico retráctil. Con las despectivas palabras de Kim silbandole todavía en los oídos, Spar replicó:

-Creo que no voy a beber nada esta mañana, Keeper. Gachas de maíz y un poco de Vino de Luna, o mejor agua.

-Pero, ¿qué dices? -inquirió Keeper-. Me parece que no debo permitirlo. ¿No querrás que te den las convulsiones delante de los clientes? ¡Trágame, Tierra...! Qué es esto?

Al instante, Spar se abalanzó sobre la mano brillante de acero. El obenque tenso vibró bajo sus pies. Con una mano apartó un cañón grueso y frío, mientras con la otra separaba del gatillo el amercillado dedo de su interlocutor.

-No es un gato-brujo. Es un animal extraviado nada más -explicó mientras ambos daban tumbos, rodando lentamente a través del aire.

-¡Suéltame, tarado! -estalló Keeper-. Voy a hacer que te carguen de grilletes. Se lo diré a Crown.

-Las armas de fuego son tan ilegales como los cuchillos y las agujas -replicó Spar con osadía, aunque ya empezaba a sentirse mareado y enfermo-. Tú sí que podrías verte encadenado.

Pese al tono fanfarrón de Keeper, sabía que éste le tenía miedo por su habilidad para moverse con rapidez y seguridad aun estando medio ciego. Chocaron contra un amasijo de obenques que les hizo detenerse.

-Suéltame, he dicho -exigió Keeper, debatiéndose débilmente-. Esta pistola me la ha dado Crown, y tengo permiso del Puente para usarla.

Esto último al menos, sospechó Spar, era mentira. Keeper prosiguió:

-Además, es un arma modificada para disparar sólo bolas pesadas y elásticas. Nada que pueda perforar el casco, pero suficiente para derribar a un borracho... o para romperle el cráneo a un gato-brujo.

-No es un gato-brujo, Keeper -repitió Spar, tragando saliva para dominar las náuseas-. Sólo es un animalito perdido y muy formal, que ya ha demostrado su utilidad cazando una de las ratas que nos roban la comida. Se llama Kim. Será un buen trabajador.

La mancha distante que era Kim se alargó diferenciándose en sombras delgadas que eran las patas y el rabo; se mantenía sobre su obenque como una figura heráldica rampante.

-Ssssoy muy ssservissial -se alabó-. Y sssanitario. Ussso los tubosss de loss dssperdisssios. Cassso rratass y rratonssi-toss. Essspsío las brujasss y los vampirosss.

-¡Un gato que habla! -boqueó Keeper-. ¡Brujería!

-Crown tiene un perro que habla -replicó Spar con intención-J El que un animal hable no demuestra nada.

Durante todo ese rato había sujetado con fuerza el cañón de pistola y el dedo de Keeper; mientras le abrazaba estrechamente pareció notar que el dueño del Mesón del Murciélago se daba por vencido. La montaña de osamenta y músculo se transformaba en una jalea espesa que podía dominarse a voluntad.

-Lo siento, Spar -murmuró, obsequioso-. He pasado muy mala noche, y Kim me ha dado un susto. Es negro como un gato-brujo. Un error disculpable de mi parte. Le tendremos a prueba como cazador. ¡Tiene que ganarse el sustento! Ahora, toma tu bebida.

La doble bolsa flexible, tan preciosa como la Piedra Filosofal llenó la palma de la mano de Spar. Se la llevó a los labios, pero en ese momento sus pies tropezaron involuntariamente con un obenque, y se puso a flotar a la deriva hacia el brillante Ruedo, cuya circunferencia interior podía dar cabida hasta a cuatro camareros los días de mucho ajeteo.

Spar tropezó contra la pared interior de la barra; los obenques que la retenían cedieron elásticamente para absorber el choque. Tenía la bolsa pegada a los labios, con el tapón desenroscado, mas no la había apretado aún. Cerró los ojos y, a ciegas, reprimiendo un leve sollozo, devolvió la bolsa al contenedor de la Niebla de Luna. Guiándose más bien por el tacto, sacó de la estufa una bolsa de gachas; al mismo tiempo hurtó una bolsa de café y se la escondió en un bolsillo interior. Por último cogió una bolsa de agua, la abrió, le introdujo cinco tabletas de sal y la cerró para agitarla con fuerza.

Keeper, que se había acercado flotando por detrás, le dijo al oído: -Conque tú te tragas cualquier cosa... No te basta la Niebla de Luna, sino que necesitas un combinado. Debería descontártelo del sueldo. Verdad es que todos los borrachos sois unos tramposos, o acabáis siéndolo.

Cayendo de lleno en la celada, Spar explicó:

-Sólo es un poco de agua salada para endurecer mis encías.

-¡Pobre Spar! ¿Para qué quieres endurecerte las encías? ¿Acaso piensas compartir las ratas con tu nuevo amigo? ¡Procura que no te pille asándolas en mi parrilla! Debería descontarte la sal... ¡A barrer el local, Spar! Kim había encontrado ya el pequeño tubo triturador y arrojó, dentro de él la rata muerta, sujetándose al tubo con las patas delanteras y empujando la rata con el hocico. Cuando el cadáver de la rata entró en el mecanismo del tubo, se inició un movimiento de maceración que continuaría hasta que quedase triturada; sus restos serían tragados poco a poco, hacia la gran cloaca que alimentaba los Jardines de Diana.

Volviéndose hacia el rincón violeta, Keeper gritó:

-¡Y tú, a cazar ratones!

Spar se enjuagó las encías con agua salada tres veces seguidas, a conciencia, escupiéndola luego en un tubo para desperdicios. Vomitó un poco después de hacer gárgaras por primera vez. Luego, volviéndose para que Keeper no pudiera ver cómo sacaba las bolsas, apretó éstas poco a poco para engullir el café -más sabroso para él, en aquellos momentos, que la Niebla de Luna o aguardiente obtenido por destilación del Vino de Luna- y algunas gachas. Con un gesto de excusa, ofreció las sobras a Kim, quien meneó la cabeza.

-Jusssto me comí un rratonsssito -dijo.

Spar se dirigió apresuradamente hacia el rincón verde, a estribor. Al otro lado de la escotilla se oyeron voces de beodos gritando con furiosa impaciencia:

-¡Abrid!

Tomando los cabezales de dos tubos aspiradores largos, Spar empezó a barrer la atmósfera, moviéndose en espiral desde el rincón verde, como una araña que construye su tela.

Desde la barra circular, a cuyo delgado mostrador de titanio sacaba brillo con perezosos movimientos, Keeper aumentó la potencia de los dos tubos. Por reacción, el movimiento en espiral de Spar se aceleró, obligándole a poner en juego todas sus fuerzas para eludir los obenques y evitar que los tubos se enredasen en ellos.

Después, Keeper echó una ojeada a su muñeca y gritó:

-¡Spar! ¿Es posible que no te hayas enterado de la hora que es? ¡Abre ya!

Lanzó al aire un llavero. Spar logró atraparlo, aunque sólo había distinguido la última parte de su trayectoria. Tan pronto como puso rumbo a la escotilla verde, Keeper le detuvo con una voz, apuntando a un lado y a otro. Obediente, Spar recorrió los pestillos de las escotillas negra y azul antes de abrir la verde, aunque tras de aquéllas no aguardaban parroquianos. Al hacerlo se las arregló para evitar los pegajosos marcos de las escotillas y la pringosa compuerta de emergencia que había al lado de las mismas.

Tres borrachines, clientes habituales, entraron empujándose mutuamente y tropezando con los obenques en sus prisas por alcanzar la barra, mientras insultaban a Spar:

-¡Que el Cielo te ahogue!

-¡Así te trague la Tierra!

-¡Ojalá te veas sepultado en los Mares!

-Basta de palabrotas, muchachos -les reprendió Keeper-, aunque comprendo que la estupidez y la cachaza de mi ayudante acaban con la paciencia de cualquiera. Spar devolvió las llaves. Los curdas se alinearon codo con codo alrededor de la barra, tres manchones grisáceos con las cabezas apuntando hacia el rincón azul. Keeper se encaró con ellos.

-¡Abajo, abajo! -ordenó, indignado-. ¿Qué modales son éstos?

-¡Pero si no hay nadie!

-Sólo estamos nosotros tres.

-Da igual -replicó Keeper-. ¡Un poco de educación, por favor Daos la vuelta, o si no, os cobraré las consumiciones al contado.

Refunfuñando en voz baja, los parroquianos dieron vuelta a sus cuerpos hasta que sus cabezas apuntaron al rincón negro.

Sin molestarse en girar a su vez, Keeper les acercó una delgada y retorcida mancha roja con tres ramales. Cada uno de los clientes agarró un ramal y se lo enchufó en la cara.

Con su gruesa mano apoyada sobre algo brillante que era una válvula, Keeper dijo:

-Antes que nada, veamos vuestras tarjetas de crédito. Con muchos murmullos de contrariedad, todos sacaron unos objetos demasiado pequeños para que Spar pudiera distinguirlos bien. Keeper los estudió con gran atención antes de introducirlos en la registradora. Luego decidió:

-Seis segundos de Vino de Luna para todos. Sorbed aprisa. Y alzó la muñeca mientras accionaba con la otra mano. Uno de los bebedores pareció atragantarse, pero expulsó el líquido por la nariz y siguió chupando valientemente. Entonces Keeper cerró la válvula.

-¡Eh! ¡Que has cortado demasiado pronto! No han pasado seis segundos -le increpó en seguida uno de los clientes. Keeper explicó en tono melifluo:

-He repartido la ración en dos tandas, una de cuatro y otra de dos segundos. No queremos que nadie se ahogue, ¿verdad? ¿Preparados?

Los beodos tomaron ávidamente la segunda ronda y luego, mientras relamían los tubos con afán para chupar las últimas gotas, empezaron a cuchichear. Pero Spar, gracias a su excelente oído, pudo captar casi todo lo que hablaban mientras daba vueltas alrededor de ellos.

-Asqueroso Día del Sueño hemos tenido, Keeper.

-Al contrario, tío. Muy bueno para que los vampiros le chupen la sangre a cualquier borrachín.

-Yo me puse a salvo en lo de Pete, gordinflón.

-¿Lo de Pete y a salvo? La primera noticia...

-¡Mal Átomo Sucio te pille! Los vampiros se llevaron a Girlie y a Sweetheart de la mismísima jábega principal de estribor, aunque no lo creas. ¡Maldito sea el Cobalto Noventa! Windrush está que-dándose muy solitaria. O, al menos, la Bodega Tres. Hay días que puedes atravesar toda una galería sin ver un alma.

-¿Cómo supiste lo de esas chicas? -dijo otro de los parroquia-nos-. A lo mejor se largaron a otra bodega para ver si mejora su suerte.

-Pues se les acabó la suerte de una vez por todas. Suzy vio cómo desaparecían.

-No fue Suzy -rectificó Keeper, actuando ahora de arbitro-. pero sí Mable. Un final merecido para esas cerdas borrachas.

-No tienes sangre en las venas, Keeper.

-Muy cierto. Por eso los vampiros me dejan en paz. Pero, hablando en serio, muchachos, creo que los hombres-lobo y las brujas andan demasiado sueltos en la Tres. Yo pasé despierto el Día del Sueño, vigilando. Voy a enviar una protesta al Puente.

-Estás de broma.

-No lo creas.

Keeper cabeceó solemnemente e hizo la señal de una cruz sobre su corazón. Los bebedores quedaron muy impresionados.

Spar retrocedió flotando en espiral hacia el rincón verde, sin dejar de pasar los tubos aspiradores. De paso se cruzó con la mancha negra que era Kim, mientras éste saltaba de obenque en obenque, con una carrerilla a lo largo de ellos, de vez en cuando.

Una forma rolliza, de piel muy blanca ceñida por dos franjas de azul -la braga y los sostenes- entró por la escotilla.

-Buenos días, Spar -le saludó con voz suave-. ¿Cómo te va?

-Ni bien ni mal -replicó Spar. La nube dorada de flotantes cabellos le rozó el rostro-. He decidido dejar la Niebla de Luna, Suzy.

-No seas demasiado severo contigo mismo, Spar. Ya sabes: trabajar un día, holgazanear un día, divertirse un día y dormir un día. Es el mejor sistema.

-Lo sé. Día de Faena, Día de Ocio, Día de Juerga y Día del Sueño. Diez días hacen un terranth, doce terranths hacen un sunth, doce sunths hacen un starth y así sucesivamente hasta el fin de los tiempos. Me gustaría saber qué significan todos esos nombres.

-Piensas demasiado. Deberías... ¡Oh, un cachorro! ¡Qué monol

-¡ Cachchchorro, una lechchche! -silbó la cabezuda mancha negra, alejándose de ellos de un salto-. Sssssoy gato. Sssssoy Kim.

-Kim es nuestro nuevo cazador -explicó Spar-. El también piensa mucho.

-No pierdas el tiempo con ese cegato desdentado, Suzy -gritó Keeper-, y acércate de una vez.

Antes de obedecer, con un suspiro de resignación, Suzy rozó la arrugada mejilla de Spar con las suaves yemas de sus ahusados dedos.

-Spar querido... -susurró. Cuando sus pies pasaron frente a Spar, éste oyó tintinear las esclavas que llevaba en los tobillos, recordando que eran de pequeños corazones dorados.

-¿Te has enterado de lo de Girlie y Sweetheart? -inquirió lúgubremente uno de los bebedores-. ¿Qué se debe sentir cuando te rajan la carótida, o la vena ilíaca, o...?

-¡Cierra el pico, estúpido! -le cortó Suzy secamente-. Sírreme un trago, Keeper.

-Tu cuenta va muy cargada, Suzy. ¿Cómo piensas pagar?

-Déjate de tonterías, Keeper, sobre todo a esta hora de la mañana. Ya que te las sabes todas, también sabrás la contestación a eso. Conque sírreme una bolsa de Vino de Luna. Tinto, por favor, y déjame un rato en paz.

-Las bolsas son para las señoras, Suzy. Te serviré arriba. Me debes mucho, pero...

Se oyó una exclamación de enojo, rápidamente amplificadas en grito de rabia. En medio de la escotilla, una figura pálida en braga y sostén -no, era algo más ancho, una especie de chaquetilla- de color rojo, se debatía fieramente a tirones y pataleos.

Al entrar con descuido, seguramente con mucha prisa, a la es-belta joven se le había enganchado la tela y parte de su persona en el marco de la escotilla. Logró soltarse con un frenético tirón, mientras Spar flotaba hacia ella y los parroquianos gritaban comentarios burlones. Ella se precipitó hacia la barra, esquivando los obenques, con el largo cabello negro ondeando a su espalda. ¡Boiig! Aterrizó con un caderazo sobre el titanio y, recogiendo la chaquetilla roja con una mano, tendió la otra por encima del Ruedo. Spar, que había flotado tras ella, la oyó decir:

-Una bolsa doble de Niebla de Luna, Keeper, ¡pronto!

-Que tengas muy buenos días, Rixende -la saludó Keeper-. Te serviría con mucho gusto el mejor de los néctares, pero... -abrió sus rollizos brazos-. A Crown no le gusta que sus chicas vengan solas aquí, ya sabes. La última vez me ordenó estrictamente que...

-¡Tonterías! Vengo precisamente por encargo de Crown, a buscar una cosa que se dejó. Entretanto, ¡mi Niebla de Luna! ¡Doble!

Descargó un puñetazo en la barra; por reacción, ella empezó a flotar hacia arriba. Spar la ayudó a volver a su puesto, sin recibir las gracias por ello.

-Calma, señorita, calma -dijo Keeper con una sonrisa que hizo desaparecer las dos motilas pardas de sus ojos-. ¿Y si viene Crown mientras estás sorbiendo?

-¡No vendrá! -aseguró Rixende con vehemencia, aunque lanzando al mismo tiempo una rápida ojeada por encima del hombro. Spar vio una mancha negra, luego la mancha pálida que era el rostro, y otra vez la mancha negra-. Tiene una chica nueva. No me refiero a Phanette ni a Doucette. Es otra nueva que no conocíamos, que se llama Almodie o algo así. Estará ocupado con esa larguirucha toda la mañana. Y ahora, ¡saca de una vez ese doble, demonio!

-Calma, Rixie. Cada cosa a su tiempo. ¿Qué fue lo que perdió Crown?

-Una bolsita negra, como así de grande -alzó su delgada mano con los dedos casi juntos-. La perdió aquí el último Día de Juerga, o se la robaron.

-¿Has oído eso, Spar?

-No se ha encontrado ninguna bolsita negra -se apresuró a decir Spar-, pero anoche te dejaste aquí tu bolso anaranjado, Rixende. Voy a buscarlo.

Flotó hacia el interior del Ruedo.

-¡Bah! ¡Por mí, que se pierdan todos! ¡Venga ese doble! -exigió la muchacha con energía-. ¡Madre Tierra!

Hasta los beodos se quedaron con la boca abierta, escandalizados. Llevándose las manos a las sienes, Keeper suplicó:

-¡Blasfemias no, por favor! Suenan peor en labios de una mujer bonita, querida Rixende.

-¡Madre Tierra, he dicho! Y ahora déjate de remilgos, Keeper, y sírvenme antes de que te arañe la cara y ponga todas tus cajas patas arriba.

-Bueno, bueno... Ahora voy. Aunque, ¿cómo piensas pagar? Crown dijo que me quitaría la licencia si le volvía a cargar tus consumiciones en su cuenta. ¿Llevas tarjeta de crédito o... metálico?

-¿Acaso no tienes ojos en la cara? ¿O crees que esta chaquetilla tiene bolsillos interiores? -la abrió ampliamente, exhibiendo los pechos, y luego volvió a cubrirse-. ¡Madre Tierra! ¡Madre Tierra! ¡Madre Tierra!

Los bebedores cuchichearon entre sí, indignados. Suzy emitió un resoplido sarcástico, aburrida por la escena.

La gruesa mano de Keeper palpó la muñeca de Rixende, ceñida por una franja dorada.

-Tienes oro -susurró, con una expresión codiciosa en los ojillos.

-Bien sabes que nuestros brazaletes están soldados, lo mismo que las esclavas de los tobillos.

-¿Y esto? -la mano de Keeper señaló un brillo dorado junto al oído de ella.

-Soldado también, a través del taladro en el lóbulo de la oreja.

-Pero...

-¡Mal átomo te parta, condenado! ¡Muy bien! ¡Te has salido con la tuya! Te lo daré.

Las últimas palabras terminaron en un aullido, más de rabia que de dolor, cuando Rixende agarró uno de sus pendientes para quitárselo de un tirón. La sangre empezó a flotar en gotas esféricas. Ella alargó el puño cerrado-. Ahora, ¡sírvenme!

Aquí hay oro para un doble de Niebla. Keeper, resoplando, fingió estar atareado con la caja de Niebla de Luna, como si se diera cuenta de que había ido demasiado lejos. Los parroquianos guardaron silencio también. En cambio, Suzy intervino para decir con indiferencia:

-Y el tinto que he pedido.

Spar halló una esponja seca y capturó con habilidad las flotantes gotas de color púrpura, para luego aplicarla contra la oreja desgarrada de Rixende. Keeper examinaba el grueso pendiente de oro, acercándose mucho a los ojos. Rixende se llevó la doble bolsa a los labios y la estrujó ávidamente; sus ojos se entornaron mientras sorbía con deleite. Spar guió hacia la esponja la mano libre de la muchacha, y ésta asumió automáticamente la tarea de sujetarla, Suzy suspiró con fastidio y luego, reclinando su cuerpo rollizo sobre el mostrador, metió mano a la nevera y se sirvió una bolsa doble de tinto. Una figura larga, flexible y muy morena, que vestía una camiseta muy ceñida de color violeta oscuro con lunares plateados, entró por la escotilla como un cohete, a una velocidad que Spar apenas habría creído posible, y sin rozar un solo obenque ni por casualidad; ni a propósito. A medio camino, el recién llegado hizo media voltereta esquivando a Spar y frenó golpeando el titanio junto a Rixende con sus pies descalzos, largos y estrechos. Ejecutó una flexión tan perfecta, que la barra circular apenas osciló.

Un brazo muy moreno se enroscó alrededor de la muchacha. Con la otra mano le arrebató la bolsa, y se oyó un chasquido cuando el intruso cerró el tapón. Una voz perezosa y musical inquirió:

-¿Qué decíamos que iba a pasarte si volvíamos a pillarte be-biendo sola, muñeca? Un pesado silencio planeó sobre el Mesón del Murciélago. Keeper se había refugiado en el lado opuesto de la barra, con una mano de-trás. Spar se quedó inmóvil en un rincón, como una estatua, con la mano metida entre las cajas de Niebla y Vino de Luna. Notó que estaba bañado en sudor. Suzy empinó la bolsa de tinto, ocultando la cara.

Uno de los bebedores se vio acometido por un súbito acceso de tos; cuando logró dominarlo, jadeó en tono servil:

-Perdone usía... Mis respetos. Keeper balbució:

-Buenos días... Crown.

Crown tiró suavemente de la chaquetilla de Rixende, poniendo al descubierto un hombro de la muchacha.

-¡Vaya!, tienes la carne de gallina, cariño, y estás tiesa como un cadáver. ¿De qué tienes miedo? Tranquila, Rix. Relájate, y te invitaremos a un trago.

Su mano encontró la esponja, se detuvo, la palpó y halló la parte húmeda; luego se la llevó a la cara para olfatearla.

-Bueno, muchachos. Al menos hemos averiguado que ninguno de vosotros es un vampiro -comentó tranquilamente-. De lo con-trario, le habríamos pillado chupando la oreja de la chica.

Rixende se apresuró a decir con voz monótona:

-No he venido a beber, te lo juro. Vine a buscar la bolsita que perdiste. Y luego me tentaron. Traté de resistir, pero Keeper se empeñó tanto que...

-Cierra el pico -dijo Crown sin alzar la voz-. Nos estábamos preguntando cómo ibas a pagar. Ahora ya lo sabemos. ¿Cómo pensabas pagar el tercer doble, ¿eh? ¿Cortándote una mano o un pie? Anda, Keeper, enséñame la mano... ¡Enséñamela, he dicho! Así está bien. A ver lo que tienes ahí. Crown cogió el pendiente de la mano abierta de Keeper. Sin apartar los amarillentos ojos del rostro de Keeper, sopesó la valiosa joya y luego la arrojó suavemente hacia lo alto.

Mientras la mancha dorada flotaba pausadamente en dirección a la escotilla, Keeper boqueó dos veces, para balbucir luego:

-No he sido yo, Crown, ¡ palabra! No sabía que iba a lastimarse la oreja. Quise evitarlo, pero...

-Eso no nos importa -le interrumpió Crown-. Apunta el do-ble a nuestra cuenta.

Sin dejar de mirar fijamente a Keeper, alzó el brazo y atrapó el pendiente justo antes de que volase fuera de su alcance.

-¿Por qué hay tan poco ambiente en esta covacha? -inquirió. Luego, alargando una pierna por encima del mostrador con tanta facilidad como si hubiera sido el brazo, pellizcó una oreja de Spar entre los dedos del pie y tiró de ella, arrastrando al camarero y obligándole a volverse.

-¿Cómo te prueban las gárgaras con agua salada, pequeño? ¿Se te han endurecido las encías? Sólo hay una manera de saberlo. Sujetó la mandíbula y los labios de Spar con el pie y le metió el dedo gordo del otro en la boca.

-Anda, pequeño. Muérdeme.

Spar mordió. Era la única solución para no vomitar. Crown soltó una risa burlona. Spar mordió con rabia. El esfuerzo sacudió su tembloroso esqueleto. Su rostro se congestionó y sus sienes latieron tumultuosamente mientras su frente quedaba bañada en sudor. Estaba seguro de que le hacía daño a Crown, pero el primer magistro de la Bodega Tres se limitó a sonreír con ironía. Cuando Spar abrió la boca para recobrar el aliento, retiró el pie y dijo:

-Vaya, vaya... Estás hecho un tigre, pequeño. Casi hemos notado el mordisco.

Toma un trago a nuestra salud.

Spar hizo una finta, apartando su boca estúpidamente abierta del fino chorro de Niebla de Luna. El líquido le tocó en un ojo, escociéndole tanto que le obligó a cerrar los puños y apretar con fuerza sus doloridas encías para no gritar.

-¿Por qué hay tan poca animación en este antro, repito? Ni un solo aplauso para el pequeño, y ahora el pequeño se habrá enfadado con nosotros. ¿No podíais dedicarle una sonrisa para darle ánimos? Crown miró a su alrededor, encarándose con cada uno de los presentes.

-¿Qué pasa? ¿Se os ha comido la lengua el gato?

-¿Gato? Tenemos un gato. Es nuevo. Llegó anoche. Nos sirve para cazar - balbució Keeper atropelladamente-. Habla un poco. No tan bien como Hellhound, pero habla. Es muy divertido. Cazó una rata.

-¿Qué hiciste con el cadáver de la rata, Keeper

-Lo arrojé al tubo triturador. Mejor dicho, lo hizo Spar. O el gato.

-¿Quieres decir que hicisteis desaparecer un cadáver sin dar parte? ¡Bah! No te pongas pálido por eso, Keeper. No tiene importancia. Aunque podríamos acusarte por albergar un gato-brujo. Dijiste que había llegado anoche. Y fue una noche propicia para brujos... Vamos, no te pongas verde ahora. Sólo estábamos tomándote un poco el pelo. Tratábamos de pasar el rato. ¡Spar! -agregó-. Llama a tu gato. Haz que diga algo divertido.

Antes de que Spar pudiera llamar a Kim o decidir si debía obedecer o no, la mancha negra surgió sobre un obenque cerca de Crown, con las manchas verdes de sus ojos fijas en los amarillentos de éste.

-Conque tú eres el gracioso, ¿eh? Bien... cuéntanos un chiste. Kim pareció aumentar de tamaño. Spar se dio cuenta de que erizaba el pelo.

-Adelante, gato... demuestra que sabes tanto como dicen. Kee-per, ¿no nos habrás engañado al decirnos que sabía hablar?

-¡Spar! ¡Haz que tu gato hable!

-No importa. Se habrá comido su propia lengua, también. ¿No es eso negro? Alargó la mano. Kim le dio un zarpazo y se largó de un salto. Crown se limitó a soltar otra de sus risotadas. Rixende empezó a temblar sin conseguir dominarse. Crown la contempló con burlona solicitud y alargó una mano para volver la cabeza de la muchacha hacia él. Al mismo tiempo hacía pasar a la esponja cualquier gota de sangre que hubiera podido sacarle el zar-pazo del gato.

-Spar juró que el gato hablaba -tartamudeó Keeper-. Yo...

-Silencio -dijo Crown.

Acercó la bolsa a los labios de Rixende y la apretó. Ella dejó de temblar y la bolsa quedó vacía. Crown le arrojó a Spar el envoltorio de plástico.

-Y ahora, ¿qué hay de mi bolsita negra, Keeper? -inquirió.

-¡Spar!

Este se apresuró a decir, mientras se retiraba hacia un rincón.

-No hemos encontrado ninguna bolsita negra, señor Juez, sí la que olvidó el pasado Día de Juerga la señora Rixende.

Y regresó mostrando un objeto grande, redondo y de color anaranjado brillante, que se cerraba con unos cordones.

Crown lo cogió y lo volteó en círculo, lentamente. Como no podía ver los cordones, a Spar le pareció cosa de magia.

-Demasiado grande, y el color tampoco es el mismo. Estamos seguros de que la bolsita negra se perdió aquí, a no ser que nos la robasen. ¿Estás convirtiendo el Mesón del Murciélago en un antro de ladrones, Keeper?

-Oye, Spar...

-Te lo preguntamos a tí, Keeper.

Apartando a Spar de un empujón, el aludido se puso a rebuscar frenéticamente, agachado entre cajas de Niebla de Luna y Vino de Luna. Salió a relucir un gran número de pequeños objetos; Spar pudo distinguir algunos de los más voluminosos, como un ventilador portátil a pilas y una pantufla de color púrpura.

Los objetos perdidos flotaban en abigarrado revoltijo alrededor de Keeper.

Este jadeaba ya, mientras seguía revolviendo sin hallar nada más, hasta que por fin Crown intervino con voz indiferente:

-Con eso basta. De todos modos, la bolsita negra no tenía demasiada importancia para nosotros.

Keeper se incorporó. Su cara le pareció a Spar más borrosa que nunca; debía estar envuelta en un halo de transpiración. Señaló el bolso anaranjado:

-A lo mejor está ahí dentro.

Crown abrió el bolso y empezó a rebuscar dentro del mismo. Luego mudó de propósito y le dio una sacudida. Todas las cosas que contenía se echaron a flotar, moviéndose hacia arriba con velocidad uniforme, como una formación militar en desbandada. Crown les pasó revista mientras volaban frente a sus ojos.

-No. Aquí no está. -Empujó el bolso hacia Keeper y le ordenó:- Guarda las cosas de Rix y quédatelas hasta que volvamos...

Rodeando a la muchacha con el brazo sin dejar de aplicar la esponja a la oreja herida, se volvió y salió por la escotilla con poderoso impulso. Cuando la pareja se hubo perdido de vista, hubo un suspiro general de alivio y los tres sacaron nuevos vales de crédito para otra ronda. Suzy exigió un segundo doble de tinto, que Spar se apresuró a servirle mientras Keeper se rehacía del susto, después de lo cual ordenó:

-Recoge todo eso que flota, Spar, y sobre todo lo de Rixie, para guardarlo en su bolso. ¡Vamos! ¡Muévete, gandul!

Luego puso en marcha el ventilador de mano para refrescarse y secarse el sudor. El encargo le resultaba a Spar muy difícil de cumplir, pero Kim acudió en su ayuda lanzándose tras de los objetos demasiado pequeños para que aquél pudiera verlos. Cuando los tenía entre las manos, los identificaba fácilmente por el tacto o por el olfato.

Cuando se hubo disipado su rabia impotente hacia Crown, Spar se puso a recordar los acontecimientos de la noche pasada. Sus visiones de vampiros y hombres-lobo, ¿eran sueño o realidad? A menos que el otro no estuviera de guardia como aseguraba... Deseó poseer mejor vista para alcanzar a distinguir la ilusión de la realidad y recordó el siseo burlón de Kim: «¡Visionario! ¡Linsssse, que eres un linssse!» ¿Cómo sería lo de ver las cosas con claridad? ¿Parecerían más brillantes o más cercanas?

Con estas tristes reflexiones, fue guardando los objetos dispersos y luego regresó a la faena de barrer, mientras Kim reanudaba la caza de ratones. A medida que avanzaba el Día de Faena, el Mesón del Murciélago iba quedando en penumbra, aunque de un modo tan gradual que era difícil notarlo. Entraron algunos clientes, pero todos ellos para un trago rápido que les fue servido por un Keeper lúgubre y malhumorado. Suzy ni siquiera juzgó necesario intervenir en sus funciones como animadora.

A medida que pasaba el tiempo, Keeper iba cargándose de mala uva, tal y como Spar había imaginado que sucedería después de las humillaciones que le había infligido Crown. Quiso echar a los tres parroquianos habituales, pero éstos no dejaban de sacar más y más vales de crédito, arrugados pero de curso legal. Por más vueltas que les daba Keeper, no pudo descubrir ninguna falsificación. Para vengarse, quiso hacerles sisa en las raciones, con lo que inició una serie de altercados. Por último, se volvió hacia Spar, diciendo airado:

-Ese gato tuyo... arañó a Crown, ¿no es cierto? Hay que echarlo de aquí. Crown dijo que podía ser un gato-brujo, ¿recuerdas? Spar no respondió. Keeper le mandó que renovase el adhesivo de las escotillas, afirmando que Rixende pudo desengancharse porque aquél se había secado.

Luego se puso a picotear en los aperitivos y bebió Niebla de Luna con jugo de tomate. Cuando se cansó de esto, roció el local con un abominable perfume sintético y empezó a pa-sar cuentas de la recaudación. Pero también, esto le aburrió en se-guida y, mudando de intención, cerró la caja de golpe y contempló a Suzy con una extraña mueca.

-¡Spar! -gritó-. Hazte cargo de la barra y procura que no se emborrachen esos tipos.

Luego echó llave a la registradora y, con un significativo movi-miento de cabeza dirigido a Suzy, tomó impulso hacia una de las escotillas. Ella se encogió de hombros, mirando a Spar con expre-sión de hastío, y siguió a Keeper. Tan pronto como la pareja hubo desaparecido, Spar sirvió a los parroquianos un trago de ocho segundos, negándose a aceptar sus vales, y colocó delante de ellos dos contenedores de frituras y empanadillas. Los clientes le dieron las gracias con un gruñido y empezaron a tragar. La iluminación del local pasó de la claridad normal a una semioscuridad cadavérica. Se oyó un rugido distante y apaga-do, seguido pocos segundos más tarde por un breve crescendo de crujidos metálicos. El cambio de luz puso nervioso a Spar, quien sirvió otras dos rondas sin cobrar y luego cargó precio doble por una bolsa de Niebla de Luna a un recién llegado. Quiso probar un aperitivo, pero entonces apareció Kim, muy ufano, para enseñarle un ratón que acababa de coger. Spar consiguió dominar las náuseas a duras penas. Empezaba a temer los síntomas de la desintoxica-ción, y sintió que le flaqueaba la voluntad.

En aquel momento entró por la escotilla verde, sujetándose de los obenques, una figura tripuda y vestida de negro. Al poco se materializó al otro lado de la barra un rostro en el que la barba y la melena canosas apenas dejaban ver la piel, parda y curtida, subra-yando sin embargo el brillo gris de la mirada.

-¡Doctor! -exclamó Spar con alegría, sintiendo que su malestar se disipaba como por ensalmo, y sin mediar otra palabra sacó de la nevera una bolsa de Niebla de Luna calidad «tres estrellas». Tan excitado estaba, que sólo acertó a empezar con un vulgar «Mala no-che hemos tenido, ¿eh, doctor? Vampiros y...»

-...Y -otras supersticiones estúpidas, que nacen de un sunth a otro y ya no se desvanecen jamás -le interrumpió una voz amiga-ble, pero en tono sarcástico-. Aunque imagino que no debería pri-varte de tus ilusiones, Spar. Ni siquiera de las terroríficas. Eso dis-trae un poco tu triste vida. Además, es verdad que corre mala gente por Windrush. ¡Ahhh! ¡Este trago tan fresco rejuvenece mis amíg-dalas! Entonces Spar recordó la cosa importante que se le había olvida-do. Hurgando en lo más hondo de su traje de faena, y volviéndose para que los demás parroquianos no pudieran ver lo que hacía, sacó una bolsita negra plana y muy pequeña.

-Tome, doctor -susurró-. La perdió usted el último Día de Juerga. Se la he guardado.

-¡Maldita sea! Soy capaz de perder hasta mis pantalones, si alguna vez me los bajase -comentó el doctor, bajando la voz cuando Spar le hizo seña llevándose un dedo a los labios-. Supongo que empecé a mezclar la Niebla con el Vino de Luna, ¿no es cierto?

-Sí, doctor. Pero usted no la perdió. Crown o una de sus chicas debieron hurtársela o apoderarse de ella viéndola suelta a su lado. Y luego... yo la saqué del bolsillo de Crown. Eso hice, y no dije ni una sola palabra esta mañana, cuando Rixende y Crown aparecieron por aquí para reclamarla.

-Spar, hijo mío, estoy en deuda contigo -dijo el doctor-. Más de lo que puedes imaginar. Otra «tres estrellas», por favor. ¡Ahhhh! ¡Puro néctar! Spar, pídemelo lo que quieras, y si está comprendido dentro de la primera infinitud transfinita, te juro que te lo concedo.

Ante su propia sorpresa, Spar empezó a temblar... de excitación. Inclinandose sobre la barra, murmuró roncamente:

-¡Déme un par de ojos sanos, doctor! ¡Y unos buenos dientes! -añadió impulsivamente.

Al cabo de lo que le pareció un largo rato, el doctor susurró con voz soñadora y apesadumbrada:

-En los Antiguos Días, eso habría sido fácil. Ellos perfeccionaron los trasplantes oculares. Sabían regenerar los nervios craneales y devolver a un cerebro lesionado la capacidad de resolución. Y el injerto de embriones dentales era una sencilla práctica para estudiantes. Pero ahora... Si, podría hacer lo que me pides de una manera incómoda, anticuada, mecánica, pero...

El doctor se interrumpió, encogiendo los hombros con un gesto que expresaba todas las miserias de la vida y la vanidad de todo esfuerzo.

-¡Los Antiguos Días! -se dirigió uno de los bebedores a su compañero, hablando con disimulo por la comisura de la boca-. ¡Conversaciones de brujería!

-¡Qué brujería ni qué niño muerto! -respondió el otro del mismo modo-. Lo que pasa es que el viejo matasanos ya chochea. Sueña los cuatro días, y no sólo el Día del Sueño.

El tercer bebedor se apresuró a silbar la musiquilla de un con-juro contra el mal de ojo.

Spar tironeó la manga del albornoz negro que vestía el doctor.

-¡Me lo ha jurado, doctor! ¡Quiero una vista aguda y unos dientes agudos!

El doctor apoyó con misericordia su arrugada mano sobre el antebrazo de Spar.

-Una vista aguda sólo serviría para hacerte más desgraciado, Spar -explicó amistosamente-. Créeme: lo sé. La vida es más llevadera cuando se ve todo

borroso, lo mismo que las ideas son más agradables cuando las hace borrosas la Niebla o el Vino de Luna. En Windrush no falta gente que ambiciona morder con fuerza, pero tú no eres de éstos. Sírvenme otra «tres estrellas», por favor.

-Me he quitado de la Niebla desde esta mañana, doctor -co-mentó Spar con cierto orgullo, mientras le entregaba otra bolsa fresca.

El médico replicó, sonriendo con tristeza:

-Muchos dejan la Niebla todos los Días de Faena por la mañana y cambian de idea cuando llega el siguiente Día de Juerga.

-¡No seré yo, doctor! Además -reanudó Spar el hilo de argumentos-, Keeper y Crown ven con claridad, lo mismo que Suzy y las demás chicas, y no son desgraciados.

-Voy a decirte un secreto, Spar -replicó el doctor-. Keeper y Crown y las chicas son unos cadáveres vivientes. Sí, incluso Crown, con toda su astucia y su poder. Para ellos, Windrush es el Universo.

-¿Y no es así, doctor?

Ignorando la interrupción, el doctor continuó:
-Pero tú no te conformarías con eso, Spar. Tú querrías averiguar más. Y eso te haría más desgraciado de lo que eres ahora.

-No me importa, doctor -dijo Spar, y repitió en tono acusatorio-: ¡Usted lo ha jurado!

La mirada gris casi desapareció para Spar cuando el médico frunció las cejas, pensativo. Luego dijo:

-¿Qué te parece esto otro, Spar? Sé que la Niebla de Luna trae tantos males y dolencias como alivios y alegrías. Pues bien: todos los Días de Faena por la mañana, y todos los Días de Juerga por la tarde, yo podría darte una pastillita que te produciría todos los efectos buenos de la Niebla de Luna, y ninguno de los perjudiciales. Tengo una en esta bolsa. Prueba ahora, y te convencerás. Y todos los Días de Juerga por la noche te daré otra clase de píldora que te hará dormir tranquilamente, sin ningún género de pesadillas. Eso sería mucho mejor que unos ojos y unos dientes. Piénsalo bien.

Mientras Spar meditaba, apareció Kim, mirando al doctor con sus dos puntitos verdes.

-Missss rresssspetuosssssossss sssaludosss, ssseñorrrr -silbó-. Sssssoy Kim.

-Se le corresponde, caballero -respondió el doctor-. Que no falten los ratones.

Acarició al gato, pasando suavemente los dedos por la garganta y el pelaje del pecho. Su voz volvió a hacerse soñadora:

-En los Antiguos Días, todos los gatos hablaban, y no solamente algunos fenómenos. Toda la tribu felina. Y también muchos perros... ¡ejem! Perdona, Kim. En cuanto a los delfines, ballenas y monos...

Spar le interrumpió con avidez:

-Dígame una cosa, doctor. Si sus píldoras proporcionan la felicidad sin ningún tipo de resacas, ¿por qué bebe usted Niebla de Luna, y alternándola muchas veces con el Vino de Luna?

-Porque yo... -empezó el médico, y luego se interrumpió son-riendo-. Me has atrapado, Spar. No creí que fueses capaz de pensar por tu cuenta. Bien. ¡tú ganas! Ven a mi consultorio el próximo Día de Ocio... ¿Conoces el camino? Bien... Veremos lo que se puede hacer con tus ojos y tus dientes. Y ahora, dame una bolsa doble para el regreso. Pagó con brillantes monedas, mientras se metía la gran bolsa de «tres estrellas» en una faltriquera, diciendo:

-Hasta luego, Spar. Hasta la vista, Kim. Y se dirigió hacia la escotilla siguiendo una trayectoria en zigzag.

-Hasta la vista, señorrrrr -le despidió Kim.

Spar enarboló la bolsita negra.

Mientras el doctor volvía profiriendo una palabrota para coger lo suyo, se abrió la escotilla roja y apareció Keeper. Parecía de mejor humor que antes y silbaba la tonadilla de Me casaré con el hombre del puente mientras contemplaba con suspicacia ciertas manchas sobre el mostrador y revisaba las espitas del Vino de Luna. Tan pronto como salió el doctor, preguntó en tono desconfiado:

-¿Qué era eso que le dabas al viejo ganso?

-Su bolsa -reaccionó Spar con rapidez-. Se le había olvidado después de pagar al contado.

Sacudió una mano, dejando oír un sonido tintineante; Keeper se apoderó ávidamente del dinero y luego ordenó:

-¡A barrer, Spar!

Mientras éste flotaba hacia la escotilla roja para recoger sus aspiradores, Suzy pasó a su lado sin mirarle, avergonzada. Flotó hacia el mostrador y, muy seria, aceptó la bolsa de Niebla que le ofreció Keeper con burlona cortesía. Spar sintió un acceso de indignación pensando en Suzy. Pero se le hacía difícil pensar en otra cosa que no fuera la inminente visita al médico. Cuando la noche del Día de Faena cayó, tan rápidamente como un cuchillo lanzado por una mano experta, apenas se dio cuenta de ello y no experimentó la acostumbrada aprensión. Keeper conectó a toda potencia el alumbrado del Mesón del Murciélago. Resplandecía de un modo deslumbrante, mientras al otro lado de las paredes translúcidas se adivinaba sólo un círculo de claridad lechosa.

El negocio se animó un poco. Suzy no tardó en largarse con el primer cliente adinerado. Keeper ordenó a Spar que atendiera a la barra mientras él cogía una hoja de papel sobre la que se había escrito y borrado docenas de veces y, poniéndola sobre una tablilla, empezaba a escribir laboriosamente, como si meditase las palabras o quizás incluso las letras una a una, humedeciendo a menudo el lápiz con la lengua. Estaba tan absorto en su ímprobable tarea que, sin darse cuenta, empezó a girar sobre sí mismo mientras flotaba poco a poco hacia

la escotilla negra. El papel se ensuciaba cada vez más con sus garabatos y sus tachaduras, acompañadas de saliva y sudor.

La corta noche transcurrió con más rapidez de lo que Spar se había atrevido a desear, por lo que sufrió un sobresalto ante el súbito amanecer del Día de Ocio. Casi todos los clientes se largaron a dormir la siesta. Spar se preguntaba qué excusa iba a darle a Keeper para abandonar el Mesón del Murciélago, cuando el propio Keeper le resolvió el problema. Doblando el sucio papel y sellándolo con cinta en caliente, dijo:

-¡Eh, gandul! Coge esto y vete al Puente, donde se lo entregarás al Ejecutivo. ¡Espera!

Tomó el bolso anaranjado y tiró de los cordones para asegurarse de que estaban bien apretados.

-De paso, entrega esto en la cueva de Crown. ¡Obediencia y buenos modales, Spar! Ahora, ¡lárgate ya!

Spar metió el mensaje sellado en su único bolsillo con cremallera en buen estado. Luego flotó lentamente hacia la escotilla superior, donde estuvo a punto de chocar con Kim. Recordando lo que había dicho Keeper sobre echar al gato, cogió al animal por debajo de sus patas delanteras y se lo metió cuidadosamente debajo del traje de faena, mientras susurraba:

-Vamos a dar un paseo, pequeño Kim. El gato clavó las uñas en la delgada tela para sujetarse, y se quedó quieto.

Para Spar, el corredor era un tubo estrecho que terminaba en niebla por los dos extremos, y salpicado longitudinalmente de motas verdes y rojas. Guiándose principalmente por el tacto y la memoria, avanzó tomando impulso en el cable que discurría a lo largo de la pared. Después de rodear los grandes cilindros de los pasadizos centrales, el corredor continuaba en línea recta. Los ventiladores axiales funcionaban con tanta suavidad que apenas se percibía sino una ligera corriente antes de cruzarlos, y una leve succión después de pasar. Pronto llegó a su olfato el olor a tierra y a vegetales. Con un estremecimiento, pasó junto a un gran círculo negro que era la compuerta de carga del triturador principal de la Bodega Tres. No se cruzó con nadie... cosa extraña incluso el Día de Ocio. Luego vio verdear los Jardines de Apolo y más allá una gran pantalla negra sobre la cual flotaba, siempre hacia la dirección de popa, un pequeño círculo anaranjado que inspiraba a Spar una tristeza y un miedo inexplicables. Se preguntó cuántas serían las pantallas negras que reflejaban aquel lúgubre círculo. Eran particularmente numerosas hacia el costado de estribor, y él había visto el círculo en varias.

Al llegar a los jardines, tan cerca que Spar pudo distinguir los verdes tallos ondulantes y la silueta del jardinero que flotaba sobre ellos, el corredor se doblaba en ángulo recto hacia abajo. Con dos docenas de impulsos a lo largo del cable, Spar llegó hasta una escotilla abierta. Su memoria para las distancias recorridas y un intenso aroma de perfumes mezclados le dijeron que aquella era la entrada a la cueva de Crown. Atisbando a través de la escotilla distinguió el motivo decorativo

de espirales negras y plateadas que caracterizaba el interior del gran depósito de forma globular. Al fondo y directa-mente en frente de la escotilla, había otra gran pantalla negra con el inevitable disco pardo moteado de rojo en posición excéntrica.

Spar oyó debajo de su barbilla el siseo de Kim, suave pero apremiante:

-¡No te muevassss! ¡Ssssilensssio, por tu vida!

El animal se había asomado por el cuello de la ropa; sus orejas cosquilleaban la garganta de Spar. Este empezaba a acostumbrarse a los modales melodramáticos del gato, pero, de todos modos, la advertencia era innecesaria. Había visto media docena de cuerpos desnudos flotando por el aire, y fue tal su confusión ante tamaño espectáculo, que permaneció inmóvil y helado de vergüenza. Y no porque sus ojos fuesen capaces de distinguir ningún órgano genital; para él eran tan invisibles como las orejas. Pero sí pudo notar, aparte del pelo, las diferentes complexiones. Uno era muy moreno, y los otros cinco... ¿o eran cuatro?... de piel más blanca. Sobre todo las dos rubias, una de ellas platinada y ambas igualmente desconocidas para él. Se preguntó quién sería la nueva chica de Crown, la que llamaban Almodie. Experimentó alivio al comprobar que los cuerpos no se tocaban entre sí.

Algo metálico brilló junto a una de las rubias, y distinguió mancha rojiza que, como él sabía, era un recipiente, con cinco tubos que partían del mismo hacia cinco rostros distintos. Una de las chicas actuaba como «barman». A Spar le extrañó que Crown, pese a vivir en tan lujoso alojamiento, se sirviera el Vino de Luna de un modo tan plebeyo y ordinario. Por supuesto, no sabía si el contenedor era de Vino o de Niebla; podía ser incluso cerveza.

¿Acaso se proponía Crown hacerle competencia a Keeper? En tal caso, mala época y peor emplazamiento había elegido, murmuró mientras meditaba cómo deshacerse del bolso anaranjado.

-¡Vámonossss, de una vezzzzz! -apremió Kim aún más bajo. Los dedos de Spar localizaron un clip junto a la escotilla. Con un «clic» casi imperceptible, le sujetó los cordones del bolso y luego tomó impulso para deshacer el camino.

Sin embargo, pese a todas las precauciones por no hacer ruido, el ligero «clic» provocó una respuesta inmediata procedente de la| cueva de Crown... un gruñido muy profundo y prolongado.

Spar tiró del cable con más rapidez para alejarse. Cuando llegó al recodo, la curiosidad le hizo volverse.

Por la escotilla de Crown asomaba una cabeza más estrecha que | la de un hombre, con orejas puntiagudas y con una cara más negra que la del mismo Crown.

Se oyó un nuevo gruñido, Spar se sintió ridículo por haber tenido miedo de Hellhound,, ¡Vaya! Más de una vez, Crown había ido al Mesón del MurciélagoJ en compañía de su perrazo. Tal vez fuese porque Hellhound nunca había gruñido en

el Mesón; hablaba, aunque su vocabulario se reducía a un centenar de monosílabos, más o menos. Además, el perro no podía avanzar tomando impulso en el cable, pues no tenía las uñas suficientemente afiladas. Como mucho, se desplazaba en zigzag saltando de un lado a otro del pasillo para apoyarse en la pared.

Esta vez Spar tuvo un sobresalto al pasar junto a la boca del triturador principal, y lanzó una exclamación de disgusto. ¡Asustarse como un crío precisamente hoy, que iba a conseguir unos ojos nuevos!

-¿Por qué me has espantado cuando estábamos allá, Kim? -reprendió al gato.

-¡Tú no hassss vissssto el monsssstro! ¡Nesssio!

-Sólo he visto cinco personas sorbiendo Niebla de Luna, y perro inofensivo. Esta vez, el tonto y necio has sido tú, Kim.

El gato guardó silencio y metió la cabeza, contrariado. Spar recordó que todos los gatos eran vanidosos y susceptibles. Pero ahora él tenía otras cosas en que pensar. ¿Y si alguien hurtaba el bolso anaranjado antes de que Crown reparase en él? Y si lo encontraba Crown, sabiendo que Spar era el mandadero de Keeper, ¿adivinaría que había estado fisgando? ¡Que todo esto hubiera de ocurrirle el día más importante de su vida! Su pequeña victoria verbal sobre Kim le sirvió de magro consuelo.

Por otra parte, y aunque la rubia platino era la que más le había interesado de las dos desconocidas, la otra -la que tenía el cabello dorado como el de Suzy, aunque era mucho más blanca y esbelta- le tenía preocupado. Le pareció haberla visto antes... y, sin saber por qué, algo relacionado con ella le causaba un terror indefinible.

Cuando llegó a los corredores centrales se sintió tentado de ir al consultorio del doctor antes que al Puente. Pero prefirió disponer de más tiempo para lo del médico, cumpliendo antes todos sus encargos. Entró de mala gana en el corredor central, donde la fuerte corriente de aire le empujó a gran velocidad hasta que pudo alcanzar el cable-guía, a costa de despellejarse las manos. Maldijo la tacañería de Keeper por no proporcionarle unos guantes, al menos, ya que pedir también calcetines habría sido demasiado. Pero en seguida tuvo que prestar toda su atención para no golpearse los nudillos con los soportes que mantenían el cable a lo largo de la pared; era fácil apoyarse en ellos para tomar impulso, pero había que andar con cuidado. Distinguió algunas figuras que como él iban y venían siguiendo el cable; otras flotaban dejándose llevar por el viento. Un borracho daba tumbos girando sobre sí mismo y salmodiando con voz cascada, de anciano:

-¡La Escala de Jacob! ¡El Árbol de la Vida! ¡La Cucaña de Mayo!... Pasó la compuerta que marcaba la división entre las Bodegas Tercera y Segunda sin que el guardia de servicio le diera el alto, y por poco erró el gran corredor azul que conducía hacia arriba. Una vez más se quemó las palmas de las manos al colgarse del otro cable, sacudido por la corriente de aire. Se sentía cada vez más inquieto.

-¡Sssspar, esstúpido...! -empezó Kim.

-¡Ssssh! Estamos en zona oficial, ahora -le hizo callar, satis-fecho por haber hallado ese pretexto para reprender de nuevo al incordiante animalito. La verdad era que los grandes espacios abier-tos de Windrush le producían un horrible pánico.

Casi demasiado pronto para su gusto, se encontró colgado de una escalera de tubo metálico inmediatamente debajo de la cubierta del Puente. Después de coronar el último escalón se quedó flotando sin saber qué hacer, esperando que alguien le dirigiese la palabra.

En el Puente había muchos bultos metálicos de formas extrañas, brillantes, y reflejos irisados que destellaban a intervalos; los más cercanos le parecieron como filas y columnas de diminutas luces que parpadeaban, rojas, verdes... de todos los colores. Y más arriba, abarcándolo todo, una inmensa cúpula de terciopelo negro salpicado de destellos blanquecinos casi imperceptibles.

Entre los objetos metálicos y los resplandores irisados flotaban unas figuras vestidas con el uniforme azul oscuro de los oficiales. De vez en cuando se hacían señas, pero nadie hablaba. Para Spar, cada uno de sus movimientos estaba cargado de una profunda importancia. Aquéllos eran los dioses de Windrush, los que tenían el destino en sus manos, si es que tal cosa existía. Se sintió reducido a la insignificancia de un ratón, el cual podría ser aplastado sin misericordia si se atrevía a molestar.

Después de un intercambio de gestos particularmente agitado se oyó un breve y lejano rugido, y luego una serie de chasquido y crujidos familiares. Spar se quedó asombrado, aunque no podía ignorar que el capitán, el piloto y demás altos oficiales eran lo causantes de los conocidos fenómenos diurnos. Significaba, en efecto, el mediodía del Día de Ocio. Spar recordó sus problemas personales. Se estaba retrasando en sus diligencias Empezó a levantar la mano cada vez que pasaba una de las figuras azules, tratando de solicitar atención. Nadie le hizo caso.

Finalmente, susurró:

-¿Kim?

El gato no respondió. Spar oyó un ronroneo, pero también ser un ronquido. Sacudió al gato con suavidad.

-Dime algo, Kim.

-¡Sssshh! ¡Ssssilencio! Esstoy durmiendo.

Kim sacó las uñas para acomodarse de nuevo, y volvió a emitir un ronroneo satisfecho... natural o fingido; eso no podía averiguarlo Spar. Experimentó un gran desaliento.

Los lunths iban pasando uno tras otro. Cuando mayor era desesperación, pensando que iba a llegar tarde a su cita con el doctor, oyó una voz juvenil y agradable que decía:

-¡Hola, abuelo! ¿Qué te trae por aquí?

Spar se dio cuenta de que había seguido levantando la mano maquinalmente, con lo que consiguió captar la atención de un individuo, moreno como Crown, pero que vestía uniforme azul. Sacó la nota del bolsillo y se la entregó al oficial.

-Es para el Ejecutivo.

-Ese es mi Departamento.

Hubo un leve crujido -¿la uña rasgando el precinto?- seguido de otro más fuerte: el papel había sido desplegado. Una breve pausa, y luego:

-¿Quién es Keeper?

-El dueño del Mesón del Murciélago, señor. Yo trabajo allí.

-¿Qué mesón has dicho?

-Una expendeduría de Vino de Luna. En otros tiempos le llamaban El Ruedo Feliz, según creo. En los Días Antiguos, según el doctor, se llamaba la Cantina Número Tres.

-¡Hum! ¿Qué significa todo eso, abuelo? Y, ¿cómo te llamas? Spar contempló con tristeza el rectángulo de papel lleno de manchas oscuras.

-No puedo leer, señor. Me llamo Spar.

-¡Hum! ¿Se han visto... ejem... seres sobrenaturales en el Mesón del Murciélago?

-Sólo en mis sueños, señor.

-Bien... Echaremos un vistazo. Cuando me veas por allí, finge que no me conoces. A propósito, soy el alférez Drake. ¿Quién es tu pasajero, abuelo?.

-Es sólo mi gato, alférez -respondió Spar súbitamente alarmado.

-Bien. Vete por ese corredor negro. Spar empezó a desplazarse por entre la selva de tubos hacia la dirección señalada por el brazo uniformado de azul.

-Y la próxima vez recuerda que está prohibido traer animales al Puente. Mientras empezaba a bajar, la sensación de alivio que le había producido el comprobar que el alférez Drake parecía humano y comprensivo se confundió con el miedo a perder la cita con el médico. Estuvo a punto de equivocarse al cable-guía que llevaba al corredor rojo principal. El resplandor equívoco del atardecer le confundía con su luz cadavérica. De nuevo se tropezó con el borracho, que continuaba su monólogo graznando:

-¡La Trinidad, el Copón y el Mante!

Estaba a punto de abandonar su propósito de visitar al doctor, para regresar directamente al Mesón del Murciélago, cuando se dio cuenta de que estaba traspasando el acceso a la Bodega Cuatro y que llegaría al consultorio después del primer recodo. Se dejó flotar hasta un obenque, verificó su situación y luego empezó a tomar impulso hacia lo del médico, cuyo emplazamiento a babor venía a corresponder con el de la cueva de Crown a estribor.

Mientras seguía el cable se cruzó con dos figuras cuyo aliento pregonaba una celebración anticipada del Día de Juerga. Spar temió encontrar cerrado el consultorio. De los cercanos Jardines de Diana llegaba un vaho de plantas y tierra húmeda.

La escotilla estaba cerrada, pero cuando Spar accionó el bulbo se abrió a la tercera llamada y apareció el rostro conocido con su halo de cabello blanco y su mirada gris.

-Empezaba a creer que no vendrías, Spar.

-Lo siento, doctor. He tenido que...

-No importa. Pasa, pasa. ¡Hola, Kim! Date un garbeo por aquí si quieres.

Kim salió de su escondite y, tomando impulso en el pecho de Spar, partió para una ronda de inspección típicamente gatuna.

Y allí había mucho que inspeccionar. Incluso Spar pudo darse cuenta de ello. De todos los obenques del consultorio se habían colgado objetos en toda su longitud. Parecían burbujas grandes y pequeñas, opacas o brillantes, oscuras o translúcidas, destacándose sobre un panel de aquella luz cadavérica que tanto miedo inspiraba a Spar, aunque no lo recordó en ese instante. Enfrente había una cinta de luz aún más intensa.

-¡Cuidado, Kim! -gritó Spar cuando el gato aterrizó sobre un obenque y se puso a saltar de un objeto a otro.

-Déjale; no pasa nada -dijo el doctor-. Ahora voy a examinarte, Spar. Mantén los ojos abiertos.

Las manos del doctor sujetaron la cabeza de Spar. Sus ojos gri-ses y su rostro curtido se acercaron hasta confundirse en un solo manchón.

-Manténlos abiertos, he dicho. Sí, ya sé que necesitas parpadear de vez en cuando... Lo que yo suponía. Los cristalinos están disueltos. Has sufrido una complicación secundaria que se da en uno de cada diez casos de infección la rickettsia del Leteo.

-¿La fiebre Estigia, doctor?

-En efecto, aunque el vulgo confundió los ríos del Averno al darle ese nombre. Todos la hemos padecido. Todos hemos bebido las aguas del Leteo. Aunque a veces, cuando nos hacemos muy vie-jos, empezamos a recordar los comienzos. No pestañees.

-¡Eh, doctor! ¿Es por lo de la fiebre Estigia que no puedo re-cordar nada anterior al Mesón del Murciélagos?

-Podría ser. ¿Cuánto tiempo hace que estás allí?

-No lo sé, doctor. Desde siempre.

-Desde antes de que yo descubriera ese lugar, de seguro. Fue cuando cerraron La Corrala aquí, en la Bodega Cuatro. Pero de eso hace un starth.

-Pero yo soy terriblemente viejo, doctor. ¿Cómo es que no puedo recordar?

-Tú no eres viejo, Spar. Sólo que estás calvo y desdentado, y podrido por la Niebla de Luna, y tus músculos se han atronado. Sí, y tu cerebro se ha atrofiado también.

- Ahora, abre la boca.

Una de las manos del doctor sujetó la nuca de Spar; la otra tan-teó las encías.

-Al menos tienes las encías fuertes. Eso facilitará mi trabajo. Spar quiso decirle lo de las gárgaras con agua salada, pero cuando el doctor le sacó la mano de la boca fue para ordenarle:

-Ahora, ábrela todo lo que puedas. El doctor introdujo en la boca de Spar una cosa caliente y tan gruesa como un bolso de mano.

-Ahora, muerde con todas tus fuerzas.

A Spar le pareció que mordía un tizón encendido. Quiso escupir-lo, pero unas manos sobre su mandíbula y su cráneo le mantenían la boca firmemente cerrada. Pataleó involuntariamente y arañó el aire. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

-¡Estáte quieto! Respira por la nariz. No quema tanto como tú crees. Ni siquiera te levantará ampollas.

Spar hubiera querido discutir tal afirmación, pero al cabo de un momento decidió que no quemaba tanto como para cocerle el cerebro a través del velo de su paladar. Además, no quería descubrir su cobardía ante el doctor. Permaneció quieto. Parpadeó varias veces, y pudo distinguir en medio de borrosos contornos la mancha correspondiente al rostro del médico, así como los límites de la estancia, bañados por la luz fría y mortecina. Trató de sonreír, pero sus labios estaban ya distendidos más allá de su capacidad muscular. Eso también le hacía daño; empezó a darse cuenta de 'ello a medida que disminuía el ardor. El doctor le contemplaba, sonriendo.

-En fin... Sólo un viejo borrachín como yo podía atreverse a emplear unas técnicas que sólo conocía por los libros. Pero te garantizo que tendrás unos dientes tan afilados, que podrás cortar un obenque con ellos. Por favor, Kim. Apártate de esa bolsa.

La mancha negra que era el gato despegó de un salto desde un objeto también negro y dos veces más largo que él. Spar emitió por la nariz un sonido que quería ser desaprobador, e hizo algunas muecas. El objeto se parecía a la bolsita negra del doctor, sólo que a escala cien veces más grande. Debía ser pesado, además, pues cuando Kim saltó, el impulso puso en tensión el obenque del que colgaba, no regresando sino lentamente -ahí estaba el detalle- a la posición inicial.

-Esa bolsa contiene mi tesoro, Spar -explicó el doctor, y cuando el aludido alzó las cejas en señal de interrogación, continuó:- No está en monedas, ni en oro, ni en joyas, no. Es como una segunda infinitud transfinita... descanso, y sueños, y pesadillas para todas las almas en mil sitios como Windrush.

Bajó la mirada hacia su muñeca.

-Ya ha pasado bastante tiempo. Abre la boca.

Spar obedeció, a costa de nuevos dolores. El doctor extrajo la cosa que Spar había mordido, y la envolvió en un plástico retráctil y la colgó del obenque más cercano. Luego estudió de nuevo la boca de Spar.

-Me parece que estaba demasiado caliente -dijo. Cogió una bolsa pequeña, la aplicó a los labios de Spar y apretó. La pulverización invadió la boca del paciente y todo el dolor se des-vaneció al momento.

Luego metió la bolsa en la faltriquera de Spar.

-Úsala si te duele otra vez.

Antes de que Spar pudiera darle las gracias, el doctor le aplicó un tubo sobre el ojo derecho.

-Mira, Spar, y dime lo que ves.

Sin poder evitarlo, éste profirió un grito y se echó hacia atrás.

-¿Qué te pasa?

-¡Me ha dado usted un sueño, doctor! -dijo Spar con voz ronca-. No se lo diré a nadie, ¿verdad?

-¿Qué clase de sueño? -inquirió el médico, curioso.

-No era más que un dibujo, doctor. Representaba una cabra con cola de pescado, ¡Doctor...! He podido distinguir... hasta las es-camas... -su mente vacilaba- Todos los detalles... tenían bordes afilados. Doctor, ¿es eso lo que quieren decir cuando hablan de ver claro?

-En efecto, Spar. Eso es lo bueno, pues significa que no tienes ninguna lesión en el cerebro ni en la retina. Será fácil hacerte unas gafas aprovechando un par de prismáticos viejos... es decir, si no he perdido los míos. Por eso, en sueños lo ves todo claro... ¡es natural! Pero, ¿por qué no quieres que se lo cuente a nadie?

-Pensé que podían acusarme de brujería, doctor. Creí que ver las cosas así era lo que llaman clarividencia. El tubo me hizo cos-quillas en el ojo.

-¡Isótopos y chaladura! Tenía que hacerlas. Ahora, veamos el otro ojo. De nuevo Spar quiso lanzar una exclamación, pero esta vez se contuvo pese al leve cosquilleo. Vio el retrato de una joven esbelta. Spar supo que era una mujer por su forma general, aunque su aspecto le pareció de lo más extraño, al percibir gran número de... detalles desconocidos para él hasta entonces. Por ejemplo, los ojos no eran dos manchas de color. Tenían rabillos a ambos lados, que eran dos triangulitos blancos como la porcelana. Y en medio, el círculo de color violeta pálido presentaba otro círculo negro más pequeño.

El cabello era plateado, pero sin embargo ella parecía joven. Aunque era difícil juzgar tales extremos ahora que veía tantos de-talles, pensó Spar. Le recordó a la rubia platino que había entrevis-to en la cueva de Crown.

Llevaba un largo vestido blanco que dejaba los hombros desnudos. Su cabello, en vez de flotar libremente, colgaba hacia dichos hombros por efecto de algún truco, o de alguna fuerza desconocida, que también tiraba del vestido hacia los pies marcándole numerosas pliegues... o eso parecían.

-¿Cómo se llama, doctor? ¿Es Almodie?

-No. Es Virgo, la virgen. Puedes ver los detalles.

-Sí, doctor. Lo veo todo nítido... como el filo de un cuchillo. Y la cabra-pezu, ¿qué era?

-Capricornio -respondió el doctor, apartando el tubo del ojo de Spar.

-Ya sé que Virgo y Capricornio son nombres de liiths, terranths, sunths y slarílis, pero nunca supe que tuvieran retratos. Nunca supe que eran cosas.

-¿Eh...? ¡Claro! Tú nunca has podido ver un reloj, ni una estrella, ni mucho menos las constelaciones del Zodíaco.

Star estuvo a punto de preguntarle de qué estaba hablando, pero entonces observó que el resplandor cadavérico se había extinguido, a excepción de una ancha franja de claridad.

-Al menos, hasta donde tu memoria puede abarcar -estaba diciendo el médico-. Tendré preparados tus nuevos ojos y dientes el próximo Día de Ocio. Procura venir más pronto, si puedes. Es posible que nos veamos antes en el Mesón del Murciélago, tal vez el Día de Juerga por la noche.

-Gracias, doctor. Ahora debo irme. ¡Vamos, Kim! Los Días de Ocio por la noche suele haber mucho trabajo. Los parroquianos adelantan el Día de Juerga, a lo que parece. Salta, Kim, que te llevo.

-¿Seguro que sabrás regresar solo al Mesón del Murciélago, Spar? Antes de que llegues allí habrá oscurecido.

-Claro que podré, doctor.

Mas cuando cayó la oscuridad, como una pesada caperuza sobre su cabeza, deseó regresar para pedirle al doctor que le acompañase. Pero temió las burlas de Kim, aunque de momento el gato no decía palabra. Se impulsó hacia delante con rapidez, pese a que el débil resplandor de las luces de navegación apenas le permitía distinguir el cable-gufa.

El pasillo central aún estaba peor: completamente desierto y muy mal iluminado. Ahora que sabía lo que era ver con claridad, le molestaba su visión borrosa. Empezó a sudar y a temblar, y sintió náuseas. Todo ello eran síntomas de malestar por haberse quitado de la bebida. Sus pensamientos giraban en torbellino. Se preguntó si alguna de las cosas raras que le habían pasado desde que recogió a Kim era real, o si todo habría sido un sueño. También le preocupaba el obstinado -¿o forzado?- silencio del gato. Empezó a ver unas manchitas voladoras que se desvanecían cuando procuraba contemplarlas fijamente. Recordó lo que Keeper y los parroquianos decían sobre las brujas y los vampiros. Entonces, en vez de entrar por la escotilla verde del Mesón del Murciélago, se

perdió por un pasillo lateral completamente oscuro. Creyó escuchar el gruñido del perro Hellhound, aunque también podía ser el ruido del triturador principal. Temblaba de pánico cuando por fin tropezó a oscuras con la escotilla roja del Mesón, y entró justo a tiempo de no rozar el marco adhesivo. El lugar estaba lleno de luz y animación. Había parejas que bai-laban. Tan pronto como le vio, Keeper empezó a dirigirle insultos. Spar pasó al otro lado de la barra y empezó a recibir encargos y a servirlos maquinalmente, guiándose sólo por los sonidos y el tacto, deslumbrado por la fuerte luz y notando que su resaca empeoraba más que nunca.

Al cabo de un rato las cosas fueron mejor; en cambio su nervio-sismo empeoró. Sólo el trabajo incesante le permitía soportarlo, así como le mantenía sordo a los insultos de Keeper. Pero empezaba a sentirse demasiado cansado para trabajar. Mientras amanecía el Día de Juerga y la clientela cada vez más numerosa se agolpaba en tomo a la barra, cogió una bolsa de Niebla de Luna y se la llevó a los labios.

Unas garras se clavaron en su pecho.

-¡Nessssio! ¡Esssclavo! ¡ Ssssumisssio!

A Spar. poco le faltó para caer en convulsiones, pero desistió de beber. Kim salió de entre sus ropas y, después de alejarse de un salto, despectivo, se puso a dar vueltas por la barra y hablar con los bebedores, convirtiéndose pronto en el centro de todas las conversaciones. Keeper empezó a darse importancia por cuenta del gato, y dejó de servir. Spar trabajaba y trabajaba sin parar, más mareado por la abstinencia que por ninguna de las borracheras que pudiese recordar. El malestar era infinitamente más prolongado.

Suzy entró en compañía de uno de sus fletes, y le tocó la mano a Spar mientras éste servía su tinto. Eso le reconfortó.

Creyó reconocer una voz que venía de abajo. Era de un parro-quiano melenudo, que vestía traje de faena, desconocido para él. Pero luego le oyó hablar de nuevo y pensó que era el alférez Drake. Había varios clientes más a quienes no conocía. El lugar estaba realmente animado. Keeper aumentó el volumen de la música. Solos o por parejas, los parroquianos daban tumbos por el aire, de un obenque a otro, en una imitación, de baile. Una chica de negro hacía contorsiones gimnásticas. Otra, de blanco, echó a flotar sobre la barra circular mientras Keeper se vengaba cargando consumiciones inexistentes en la cuenta de su amigo. Algunos bebe-dores intentaron formar un coro.

Spar oyó que Kim recitaba:

Ssssoy un minino
pissstonudo;
ssssoy assseessino
de loss ratonesss
y aquí ssssaludo
a los muchachchoss

gordinflonessss.
¡Hola, machchossss!

Cayó la noche del Día de Juerga y la animación creció. El doctor seguía sin aparecer por allí. En cambio, se presentó Crown. Los bailarines se apartaron y todo un sector de parroquianos se movió para dejarle espacio a él, a sus chicas y a Hellhound, hasta que los recién llegados dispusieron de más de una tercera parte de la barra circular, sin que nadie se atreviera a acercárseles. Con gran sorpresa de Spar, todos pidieron café menos el perro, que al ser interrogado por Crown respondió:

-Un Bloody Mary -pero pronunciado en un tono tan profundo que más bien pareció un gruñido, algo así como «Un Bluh-Muh».

-¡Si essssso esss hablarrrr! -se burló Kim desde el lado opuesto de la barra. Los borrachos que le rodeaban le hicieron un coro risitas irónicas.

Spar sirvió las bolsas de café muy caliente con las pinzas de fieltro que servían para cogerlas, y preparó el combinado pedido por Hellhound mediante una pipeta mezcladora. Estaba al límite de sus fuerzas y en aquel momento tenía miedo de lo que pudiera ocurrirle a Kim. Veía los rostros cada vez más borrosos, pero distinguía a Rixende por su pelo negro, a Phanette y Doucette por su cabello pelirrojo y su complexión delicada con raras motas rojizas; en cuanto a la rubia platino, era en efecto Almodie, aunque parecía fuera de lugar entre el feo bulto moreno vestido de púrpura y la otra silueta más pequeña y oscura, con sus orejas puntiagudas. Spar oyó que Crown le susurraba:

-Pídele a Keeper que te enseñe el gato parlante. Hablaba muy bajo, y Spar no habría sido capaz de oírlo a no ser por la extraña nota de excitación en su voz, que Spar no le conocía.

-Pero, ¿no se pelearán? Quiero decir, él y Hellhound -respondió ella con una voz que cautivó el corazón de Spar como una red de zarcillos de plata. Le habría gustado poder contemplar su rostro a través del tubo del doctor. Sin duda se parecería a Virgo, sólo que mucho más hermosa. Aunque, por supuesto, tratándose de una chica de Crown no podía ser virgen. Sus ojos eran también de color violeta, pero él ya estaba harto de no ver más que manchas. Almodie parecía muy asustada, pero continuó:

-No lo hagas, Crown. Por favor. Spar quedó completamente subyugado.

-Hemos venido para eso, muñeca. Y nadie ha de venir a decir-nos lo que debemos hacer. Nos figurábamos que ya lo habrías aprendido. Nos gustaría darte otra lección ahora mismo, sólo que por aquí huele mucho a guardia emboscado, esta noche. ¡Keeper! Nuestra nueva muñeca quiere oír a tu gato parlante. Tráelo aquí.

Kim se acercó flotando a través de la barra, mientras Keeper se desgañitaba sin verle. El gato se apoyó en un obenque delgado y miró a Crown con impertinencia.

-¿Sssssí?

-Corta esa música, Keeper.

La música agonizó de repente. Al cabo de unos momentos, las voces fueron enmudeciendo también.

-Bien, gato. Habla.

-Ssssé muchchcho mássss. Voy a cantarrrr -anunció Kim, y prorrumpió en una serie de maullidos que no respondían en lo más mínimo a las ideas de Spar acerca de la música.

-Es música abstracta -susurró Almodie, maravillada-. ¿Has oído eso, Crown? Era una séptima disminuida.

-Yo diría más bien una tercera enloquecida -comentó Phanette desde el otro lado. Crown les hizo seña de que guardaran silencio. Kim terminó con un sobreagudo impresionante. Paseó la mirada por su asombrado auditorio y luego se puso a lamerse un hombro.

Crown apoyó la mano izquierda en el borde del mostrador y dijo con fingida indiferencia:

-Puesto que no quieres hablar con nosotros, ¿hablarás con nuestro perro? Kim miró fijamente a Hellhound, que estaba sorbiendo su Bloody Mary. Sus ojos se agrandaron, sus pupilas se contrajeron en dos rendijas y frunció los labios mostrando los colmillos afilados como agujas.

-¡Perrrrro assssquerrrossso! -silbó.

Hellhound saltó tomando impulso en la palma de la mano izquierda de Crown; éste le ayudó proyectándole hacia delante y hacia la izquierda, donde se hallaba Kim. Pero el gato hizo una rápida finta, encaramándose a un obenque contiguo. Las quijadas del perro se cerraron a casi medio metro del blanco y su gran bulto negro pasó de largo flotando.

Hellhound aterrizó con las cuatro patas sobre la tripa de un borracho gordinflón, haciéndole atragantarse, y aprovechó para salir disparado en sentido contrario. Kim saltaba de un obenque a otro. Esta vez volaron unos pelos cuando chasquearon de nuevo las quijadas, pero al mismo tiempo hendió el aire una garra rígidamente extendida.

Crown sujetó a Hellhound por el collar para que no volviese al ataque. Tocó al perro debajo del ojo y luego se llevó los dedos a la nariz.
-Quieto, muchacho -dijo-. No puedes ir por ahí matando músicos geniales.

Descargó el puño sobre el mostrador y agregó:

-Bien, gato. Ya has hablado con nuestro perro. ¿No tendrías una palabra para nosotros?

-Ssssí.

Kim saltó al obenque más cercano al rostro de Crown. Spar se precipitó a sujetarle, mientras Almodie trataba de retener a Crown por el brazo.

Kim bufó con violencia:

-¡Monsssstruo! ¡Aborrrto del inffffiemo!

Spar y Almodie llegaron demasiado tarde. De entre los dedos cerrados de Crown surgió un chorro delgado que alcanzó de lleno a Kim en sus fauces abiertas. Al cabo de un instante que a Spar le pareció eterno, su propia mano levantada consiguió cortar el chorro. Sintió una fuerte quemadura en el dorso de la misma. Kim pareció encogerse sobre sí mismo y luego huyó alejándose de Crown hacia una escotilla abierta.

Crown dijo:

-Esto es maticán, un recurso tan antiguo como el fuego griego, pero bien conocido por nuestra gente. La medicina perfecta para un gato-brujo.

Spar saltó sobre Crown cogiéndole del pecho y tratando de golpearle la mandíbula. Ambos se alejaron de la barra a la mitad de la velocidad con que Spar se había abalanzado.

Crown ladeó la cabeza. Spar le hincó las encías en la garganta. Se oyó un «clic» y Spar sintió frío en la espalda. Un triángulo metálico se aplicaba a su carne, a la altura de los riñones. Spar aflojó las mandíbulas y se quedó flotando, inerte. Crown emitió una risa burlona.

Un brillo azulado en la mano de uno de los parroquianos inmovilizó a todo el mundo en el Mesón del Murciélago. Parecían más cadavéricos que nunca, bajo la lívida luz proveniente de estribor. Una voz ordenó:

-Vamos, muchachos. Desalojen el local. Vamos a clausurarlo. Amanecía el Día del Sueño. El frío triángulo se apartó de la espalda de Spar. Se oyó de nuevo el «clic» y Crown dijo:

-Adiós, pequeño.

Luego se alejó en compañía de sus cuatro mujeres y de su perro. Phanette y Doucette flotaban a ambos lados de Hellhound, como si sujetaran su collar. Spar sollozó y se puso a buscar a Kim. Al cabo de un rato, Suzy acudió en su ayuda. El Mesón del Murciélago se vaciaba con rapidez. Por último, Spar y Suzy consiguieron acorralar a Kim en un rincón, y el primero le cogió por el pecho. Las patas delanteras de Kim rodearon su muñeca, sacando las uñas. Spar sacó la bolsa que le había dado el doctor y la metió entre las quijadas de Kim; éste le clavó las uñas, pero Spar no le hizo caso y apretó con cuidado el nebulizador. Las uñas dejaron de arañarle y Kim se tranquilizó. Spar le acarició con ternura mientras Suzy le vendaba la muñeca a él.

Entonces apareció Keeper en compañía de dos parroquianos, uno de los cuales era el alférez Drake, quien dijo:

-Mi compañero y yo montaremos guardia en las escotillas de proa y de estribor.

El Mesón del Murciélago había quedado completamente desierto. Spar dijo:

-Crown tiene una navaja.

Drake asintió. Suzy tocó la mano de Spar y dijo:

-Quiero quedarme aquí esta noche, Keeper. Tengo miedo.

-Puedo ofrecerte un obenque para pasar la noche. Drake y su compañero se alejaron lentamente hacia sus puestos de vigilancia.

Suzy apretó la mano de Spar y éste dijo con cierta desgana:

-Puedo ofrecerte el mío, si lo prefieres. Keeper se echó a reír y, después de comprobar que los hombres del Puente se habían alejado, susurró:

-Tendrá que ser el mío que además, a diferencia del de Spar, es de mi propiedad. Y tengo Niebla de Luna. O eso, o los pasillos. Suzy suspiró, vaciló y luego se fue con Keeper.

Spar se encogió de hombros con desaliento. ¿Esperaba acaso Suzy que se pelease con Keeper por ella? Lo triste era que Spar ya no la deseaba como antes; ahora veía en ella a una amiga nada más. Estaba enamorado de la nueva chica de Crow. Lo cual, bien mirado, era más triste aún.

Se sintió muy cansado. Ni siquiera la perspectiva de tener unos ojos nuevos al día siguiente bastó para animarle. Enganchó su tobi-llo a un obenque para dormir, y se ató un trapo sobre los ojos. Acarició el lomo de Kim, que aún no había vuelto a hablar, y se durmió en un instante.

Soñó con Almodie. Era como Virgo, incluso con el mismo vestido blanco. Sostenía entre sus brazos a Kim, que relucía como cuero negro recién pulido. Ella se le acercaba sonriendo pero aunque no dejaba de avanzar, siempre les separaba la misma distancia.

Mucho más tarde -creyó- despertó sintiendo el malestar de la desintoxicación. Sudaba y estaba mareado, pero eso era lo de me-nos. Tenía los nervios en tensión y estaba seguro de que, de un momento a otro, todos sus músculos se retorcerían en espasmos agónicos. Su mente trabajaba de un modo tan febril que no conseguía captar sino un pensamiento de cada diez. Era como sentirse impulsado por un viento fuertísimo a lo largo de un pasillo sinuoso y pésimamente iluminado. Si rozaba la pared, todo habría concluido. Los obenques ondulaban en curvas sinuosas a su alrededor.

Kim no estaba a su lado. Se arrancó la venda de los ojos, pero sólo para hallarse tan a oscuras como antes. Era Día del Sueño por la noche. Pero el malestar cesaba y la fiebre de su cerebro disminuía. Todavía estaba tenso y le parecía ver idas y venidas de negras serpientes, pero ahora sabía que esto eran imaginaciones suyas. Incluso pudo distinguir el débil resplandor de tres luces de navegación.

Entonces vio dos bultos que se acercaban flotando hacia él. Apenas pudo entrever las manchas de los ojos, verdes los de la figura más pequeña y violetas los de la otra, enmarcados por un halo de plata. Esta última era muy blanca y flotaba alrededor de ella como un resplandor. Pero no sonreía, sino que exhibía los dientes en una mueca que Spar distinguió como un brillo blanco horizontal. Y allí estaba Kim, enseñando también los colmillos.

Súbitamente recordó a la rubia de cabello dorado que había visto actuando como camarera en la cueva de Crown, y cayó en la cuenta de que era Sweetheart, la ex

amiga de Suzy raptada por los vampiros el anterior Día del Sueño. Quiso gritar, pero no le salió más que un ladrido ronco, y se llevó la mano al tobillo para soltarse del obenque.

Las figuras se desvanecieron; habían huido hacia abajo, pensó. Se encendieron unas luces, y alguien se acercó flotando para sacudir el hombro de Spar.

-¿Qué ha pasado, abuelo?

Spar farfulló algo incomprensible mientras pensaba en cómo contárselo a Drake.

No quería perjudicar a Almodie ni a Kim.

-He tenido una pesadilla. Me atacaban unos vampiros -dijo.

-¿Descripción?

-Una mujer vieja y... un perro pequeño. El otro oficial se acercó diciendo:

-La escotilla negra está abierta.

Drake dijo:

-Keeper ha declarado que siempre la dejan cerrada. Vamos allá, Fenner.

Mientras el otro se alejaba, añadió:

-¿Estás seguro de que sólo fue una pesadilla, abuelo? ¿Un perro pequeño? ¿Y una mujer vieja?

Spar respondió afirmativamente, y Drake siguió a su compañero desapareciendo por la escotilla negra.

Amaneció el Día de Faena. Spar se sentía enfermo y mareado pero se enfrascó en su rutina habitual. Quiso hablar con Kim, pero el gato seguía tan silencioso como la tarde anterior. Keeper estaba tan antipático como siempre y le dio mucho quehacer: el lugar mostraba las huellas del Día de Juerga. Suzy se marchó en seguida, sin responder a sus preguntas acerca de Sweetheart u otros intentos de conversación. Drake y Fenner no habían regresado.

Spar barrió y Kim patrulló el local, sin dirigirse la palabra. Por la tarde se presentó Crown y estuvo hablando en voz baja con Keeper, sin que ni Spar ni Kim pudieran escuchar lo que decían. Era como si no estuviesen allí, para el caso que les hizo Crown.

Spar se interrogó sobre lo que había visto la noche anterior. Llegó a la conclusión de que realmente pudo ser una pesadilla. El haber reconocido de memoria a Sweetheart dejó de parecerle significativo. Había sido estúpido de su parte el pensar que Almodie y Kim pudieran ser vampiros, ni en sueños ni en la realidad. El doctor había dicho que los vampiros eran meras supersticiones. Pero Spar no pudo seguir pensando. Los síntomas de resaca continuaban, aunque ahora menos violentos.

Cuando amaneció el Día de Ocio, Keeper dio permiso a Spar para ausentarse, sin someterle previamente a un interrogatorio como solía. Spar quiso llevarse a Kim,

pero no consiguió localizar el bulto negro. Pensó que, bien mirado, valía más ir solo.

Se dirigió derecho al consultorio del doctor. Los pasillos no estaban tan desiertos como el Día de Ocio anterior. Una vez más se cruzó con el acostumbrado borrachín, quien soliloquiaba esta vez:

-¡Catedrales! ¡Cátedras y Cataplasmas!

La escotilla del consultorio estaba abierta, pero el doctor no se encontraba allí.

Spar aguardó largo rato, molesto por la luz cadavérica. No era propio del doctor el dejar su consultorio abierto y desatendido. Y la noche anterior no se había presentado en el Mesón del Murciélago, como casi había prometido. Por último, Spar empezó a mirar a su alrededor. Una de las primeras cosas que observó fue que faltaba la gran bolsa negra que, según el doctor, contenía todos sus tesoros.

Luego se dio cuenta de que el paquete de plástico retráctil brillante donde el médico había guardado el molde de las encías de Spar, ahora contenía algo diferente. Lo descolgó del obenque. Contení dos objetos. Se hizo un corte en un dedo al tocar el primero de ellos, que era de forma semicircular, medio rosado y medio brillante. Lo palpó con más cautela, sin hacer caso de las gotas de sangre que dejaba flotando por el aire, y descubrió que tenía unas depresiones irregulares en las partes sonrosadas, arriba y abajo. Entonces se lo introdujo en la boca. Sus encías encajaban con las irregularidades. Abrió la boca y luego la cerró, procurando mantener la lengua encogida. Se oyó un chasquido y un «clic».

¡Por fin tenía dientes!

Sus manos temblaban mientras palpaba el otro objeto, aunque esta vez no era efecto de la resaca.

Consistía en dos aros gruesos unidos por un puente, con otras dos varillas recias a ambos lados y dobladas en los extremos.

Sin saber muy bien lo que hacía, adaptó los aros a sus ojos, pasando los extremos de las varillas dobladas sobre sus orejas.

¡Podía ver claramente! Todo tenía contornos definidos, incluso sus manos con los dedos separados y... el coágulo de sangre en un dedo. Lanzó un grito -un prolongado alarido de sorpresa- y echó una ojeada por todo el consultorio. Docenas y docenas de objetos, todos de contornos perfectamente nítidos, al principio fueron demasiado para él. Cerró los ojos.

Cuando su temblor hubo remitido un poco y su respiración se normalizó, volvió a mirar cautelosamente y empezó a inspeccionar las cosas que colgaban de los obenques. Cada una de ellas era una maravilla, aunque de muchas no sabía para qué podían servir. Algunas, que conocía por el uso o por tener de ellas una noción borrosa, le desconcertaron al revelársele su verdadero aspecto: un peine, un cepillo, un libro con sus páginas -con su infinidad de complicados signos negros-, un reloj de pulsera con los signos de Capricornio y Virgo en su esfera, así como

los de Tauro, Piséis y los demás, con finas agujas radiales moviéndose a diferentes velocidades o aparentemente inmóviles y apuntando a los distintos signos zodiacales...

Antes de darse cuenta, se había acercado al panel de donde procedía el resplandor cadavérico. Haciendo acopio de valor, se volvió para mirarlo, viéndose obligado a prorrumper en un nuevo grito de sorpresa. La luz lívida no era uniforme, aunque el panel ocupaba ahora casi la cuarta parte de su campo de visión. Sus dedos tocaron una especie de plástico rígido y transparente. Al otro lado -y con fundados motivos para sospechar que a muy gran distancia- destacaban en medio de la oscuridad numerosos... puntitos de luz brillante. Para él, un punto era una cosa aún más extraña que un contorno definido; sin embargo, le era forzoso dar crédito a lo que estaba viendo. Pero en el centro, y dominando toda aquella oscuridad, había un disco muy blanco y ligeramente puntuado de zonas más o menos oscuras. No parecía ser cosa eléctrica, y sin duda tampoco ardía como el fuego. Al cabo de un rato, se le ocurrió a Spar la extraña idea de que pudiera estar iluminado por otra fuente de luz aún más poderosa y situada detrás de Windrush. No lograba concebir que existiera tanto espacio alrededor de Windrush. Era como pensar en una realidad más amplia, que contenía la realidad por él conocida hasta entonces.

Y, si Windrush se movía entre el disco brillante y la hipotética fuente de luz, la sombra de aquella debería quedar recortada sobre el disco. A menos que Windrush fuese infinitamente pequeña en comparación con el mismo. Realmente, todas estas especulaciones eran demasiado fantásticas para él. Pero, ¿podía haber algo demasiado fantástico? Hombres-lobo, brujas, puntos, líneas, magnitudes y espacios inconcebibles hasta para la imaginación más desenfadada.

La primera vez que había visto el disco blanco brillante, éste era perfectamente circular. Al mismo tiempo había escuchado los crujidos que siempre acompañaban al mediodía. Ahora el disco aparecía con uno de sus bordes un poco menguante, como si estuviera achatado. Spar se preguntó si se habría desplazado la hipotética incandescencia detrás de Windrush, o bien el disco blanco habría girado, o por el contrario Windrush giraba alrededor del disco blanco. Tales pensamientos, y especialmente el último, casi producían un vértigo insoportable. Se dirigió hacia la escotilla abierta preguntándose si debía cerrarla al salir. Decidió no hacerlo. El pasillo fue otra sorpresa, pues se prolongaba más y más y más, hasta que las paredes parecían juntarse... y a lo largo de las mismas había flechas. Las de color rojo apuntaban a babor, de donde él venía, y las verdes a estribor, hacia donde se dirigía. Para él no habían sido nunca sino manchas de color. Mientras tomaba impulso a lo largo del cable-guía -una estaca extraordinariamente nítida- comprobó que el diámetro del corredor seguía siendo siempre el mismo, hasta llegar al pasadizo central violeta. Le habría gustado avanzar hasta donde llegase el límite de las flechas verdes, a estribor, para verificar si existía la incandescencia supuesta por él, y también para

fijarse en los detalles del extraño disco anaranjado oscuro que tanto solía inquietarle.

Pero decidió que antes debería dar parte al Puente de la desaparición del doctor. Tal vez pudiera localizar a Drake. Y también tendría que informar la desaparición de los tesoros del médico, se recordó a sí mismo.

Los rostros de quienes pasaban junto a él le fascinaban. ¡Qué tumulto de narices y de orejas! Tropezó con una figura encorvada. Era una anciana cuya nariz casi le tocaba la barbilla. Estaba haciendo algo con dos varillas largas y un ovillo de hilo.

-¿Qué estás haciendo, abuela? -le preguntó. La anciana resopló, indignada:

-Hago calceta.

Dicho esto se apartó sin dejar de refunfuñar. Spar quiso recuperar el cable-guía cuando se dio cuenta de que ya estaba junto a la entrada del puente. Cuando llegó vio miríadas de estrellas en lo alto. Los resplandores irisados no eran sino cuadros de luces multicolores que se encendían y apagaban de modo irregular. En cuanto a los silenciosos oficiales... parecían muy viejos. Miraban y gesticulaban de un modo mecánico. Parecían flotar en un estado de sonambulismo. Spar se preguntó si ellos sabrían a dónde se dirigía Windrush... o si estaban enterados de lo que ocurría en Windrush más allá del Puente.

Un oficial joven y moreno, de cabellos rizados, flotó hacia él; hasta que le dirigió la palabra no reconoció al alférez Drake.

-Hola, abuelo. ¡Oye! ¿Sabes que pareces mucho más joven? ¿Qué es eso que llevas en la cara?

-Unos prismáticos. Me sirven para ver claro.

-Pero si los prismáticos tienen unos tubos. Vienen a ser como una especie de telescopio binocular.

Spar se encogió de hombros y refirió la desaparición del doctor y de su gran bolsa negra del tesoro.

-Pero, ¿no has dicho que bebe mucho y que según él sus tesoros eran sueños?

Suena como si estuviese un poco mochales. A lo mejor está bebiendo en otra parte.

-El doctor era un cliente fijo. Siempre iba al Mesón del Murciélago.

-Bien, veré lo que puedo hacer. Por cierto, me han prohibido continuar la investigación que había iniciado en lo de vuestro Me-són. Por lo visto ese Crown habló con algún tipo influyente. Los oficiales antiguos son más fáciles de convencer; no porque se dejen sobornar, sino para no complicarse la vida y escoger siempre la vía más cómoda. Fenner y yo no hallamos rastro de la vieja ni del perro pequeño, ni de mujer o animal alguno ni... de nada. Spar le habló a Drake de cómo anteriormente Crown había intentado robarle la bolsita negra al doctor.

-Y tú crees que todo podría estar relacionado. Bien; tal como he dicho, veré lo que puedo hacer.

Spar regresó al Mesón del Murciélago. Resultaba muy raro ver con detalle la cara de Keeper. Parecía avejentado, y la mancha colórada del centro de su rostro no era otra cosa sino una narizota roja y estriada por numerosas venas. Sus ojos pardos eran más ávidos que curiosos. Le preguntó a Spar qué se había puesto en la cara, y éste decidió que sería más prudente no revelarle a Keeper que ahora lo veía todo con absoluta claridad.

-Es un nuevo modelo de bisutería facial, Keeper. ¡Maldita Tie-rra!, ya que no tengo ni un pelo en la cabeza, debo adornarme con algo, ¿no crees?

-¡No blasfemes, Spar! Sólo un borrachín como tú es capaz de gastarse sus créditos en un artilugio tan ridículo.

Spar no se molestó en explicarle a Keeper que todos los créditos ganados en su Mesón del Murciélago formaban un rollo no mayor que el hueco de la mano. Tampoco le habló de su éxito en abstenerse de la bebida, ni dijo nada de sus dientes, procurando mantenerlos ocultos detrás de los labios. No se veía a Kim por ninguna parte. Keeper se encogió de hombros.

-Se habrá largado. Ya sabes cómo son esos animales vagabundos, Spar. Sí, pensó Spar; lo raro era que se hubiese quedado tanto tiempo en semejante lugar.

Seguía maravillándose al comprobar cómo era el Mesón del Murciélago visto con todo detalle. Era un recinto formado por dos pirámides unidas por la base cuadrada. Los dos vértices eran el rincón morado a proa, y el púrpura a popa. Los cuatro rincones de la imaginaria base eran el verde a estribor, el negro abajo, el rojo a babor y el azul arriba, designándolos en el sentido de las agujas del reloj mirando a popa.

Suzy llegó a primera hora del Día de Juerga. Spar se impresionó al comprobar su aspecto desaliñado y ver sus ojos inyectados en sangre. Pero le emocionaron sus manifestaciones de afecto, prueba de la fuerte amistad que había entre ellos. Por dos veces, aprovechando otros tantos descuidos de Keeper, le cambió la bolsa de tinto casi vacía por otra llena. Ella le dijo que sí, que había conocido a Sweetheart y que sí, que según contaba la gente, Mable había visto cómo los vampiros se llevaban a Sweetheart.

Había poca animación para ser Día de Juerga. No se presentó ningún cliente nuevo. Pese a una certidumbre instintiva que le atenazaba, Spar no desesperaba de ver entrar al doctor dando tumbos de un obenque a otro y haciendo comentarios sobre los artefactos que acababa de proporcionarle a Spar, para luego ponerse a hablar los Antiguos Días y soltar los aforismos de su extraña filosofía. Por la noche se presentó Crown con sus chicas, a excepción de Almodie.

Doucette dijo que se había quedado en la cueva porque tenía jaqueca. Una vez más, pidieron café para todos, aunque Spar le pareció que venían bastante achispados.

Estudió sus rostros con disimulo. Aunque nerviosos y vivos, todos tenían en sus miradas una expresión parecida a la que había observado en la mayoría de los oficiales del Puente. El doctor los había calificado de cadáveres vivientes. Era interesante observar que lo que le habían parecido manchas en las caras de Panette y Doucet-te eran en realidad pecas... grupos de motas rojizas que destacaban sobre las pálidas mejillas.

-¿Dónde está el famoso gato que habla? -preguntó Crown diri-giéndose a Spar.

Este se encogió de hombros. Keeper intervino:

-Se ha extraviado. De lo cual me alegro; no me gusta tener aquí un felino capaz de armar trifulcas como la de anoche.

Sin apartar de Spar sus ojos de iris amarillento, Crown dijo:

-Nos parece que esa trifulca ha motivado la jaqueca de Almodie esta noche. Por eso no ha querido venir. Le diremos que has echado al gato-brujo.

-Si no lo hubiera hecho Spar, lo haría yo -terció Keeper-. ¿Cree el señor juez que era un gato-brujo?

-Estamos seguros de ello. ¿Qué es ese trasto que Spar lleva pegado a la cara?

-Bisutería barata, juez, de la especie que por lo visto gusta a los borrachos.

Spar tuvo el presentimiento de que aquella conversación había sido convenida de antemano; de que había un arreglo entre Crown y Keeper. Pero se limitó a encogerse otra vez de hombros. Suzy parecía indignada, aunque guardó silencio. Sin embargo, volvió a quedarse cuando el Mesón del Murciélago cerró sus escotillas. Esta vez Keeper no le exigió que le acompañara, sino que bostezó y se limitó a lanzarle un guiño significativo antes de desaparecer por la escotilla. Spar verificó que todo estuviese bien cerrado y apagó las luces, aunque no importaba, pues ya se percibía la claridad del amanecer. Luego se reunió con Suzy, que había ocupado el obenque donde él solía dormir.

Ella preguntó:

-No habrás echado a Kim, ¿verdad? Spar respondió:

-No. Se ha extraviado, como dijo Keeper al principio. No sé dónde está.

Suzy sonrió y rodeó a Spar con los brazos.

-Esas cosas que llevas en los ojos son muy bonitas -murmuró. Spar dijo:

-Suzy, ¿sabías que Windrush no es el Universo? Es una nave que viaja por el espacio girando alrededor de un disco blanco que tiene manchas; un disco infinitamente más grande que la misma Wind-rush. ¿Lo sabías?

-Sé que a Windrush le llaman a veces La Nave. He visto ese disco... en reproducciones. Olvida esas ideas descabelladas, Spar, y toma lo que te ofrezco.

Spar lo hizo, principalmente por amistad. Se olvidó de unir su tobillo al obenque. El cuerpo de Suzy no le atraía. Estuvo todo el rato pensando en Almodie.

Cuando terminaron, Suzy se durmió. Spar se ató la venda sobre los ojos y trató de hacer lo mismo. Le molestaban los síntomas de la desintoxicación casi tanto como el último Día del Sueño. La ligera mejoría fue lo único que le disuadió de acercarse a la barra para coger una bolsa de Niebla de Luna. Luego sintió un súbito dolor en la espalda, como si tuviera un calambre, y sus síntomas empeoraron. Se dobló una o dos veces sobre sí mismo y luego, cuando el dolor amenazaba con volverse insoportable, se desmayó.

Al despertar, con fuerte dolor de cabeza, descubrió que no sólo su tobillo sino todas sus extremidades estaban atadas al obenque, las muñecas a un lado y los tobillos al opuesto. Tenía las manos y pies entumecidos y su nariz rozaba el obenque.

Notó un resplandor a través de los párpados. Entreabrió los ojos y vio a Helihound vigilándole, con las patas traseras dobladas y apoyadas en un obenque cercano. Pudo ver claramente los poderosos colmillos del perro, dispuesto a saltar sobre su garganta al menor movimiento sospechoso.

Spar apretó las mandíbulas, notando sus afilados dientes de metal. Al menos, tenía algo mejor que las encías para replicar a un ataque cara a cara. Más allá divisó unas espirales transparentes y negras. Comprendió que estaba en la cueva de Crown. Evidentemente, el dolor que sintió en la espalda había sido debido a una inyección de droga.

Pero Crown no le había quitado la bisutería facial, ni se había fijado en su dentadura. Para él, Spar seguía siendo el viejo ciego y desdentado. Entre Hellhound y las espirales, vio al doctor atado a un obenque con la gran bolsa negra enganchada a su lado. Le habían puesto una mordaza. Por lo visto había intentado gritar. Spar decidió no hacerlo. Los ojos grises del doctor estaban abiertos y a Spar le pareció que le estaba mirando.

Muy poco a poco, sus dedos entumecidos buscaron el obenque por encima del nudo que sujetaba sus muñecas, y tiró con todas sus fuerzas. Las ligaduras se deslizaron por el obenque, un milímetro hacia abajo. Mientras se moviese con lentitud suficiente, Hellhound no se fijaría. Repitió su acción a intervalos. Con más lentitud aún, volvió el rostro a la izquierda. Sólo vio que la escotilla que daba al pasillo estaba cerrada, y que más allá del perro y del doctor, entre las espirales negras, había un camarote completamente desierto y sin amueblar, con un fondo de estrellas a estribor. La escotilla que conducía a ese camarote estaba abierta, mostrando la puerta de emergencia con su distintivo de rayas negras. Cuando se volvió hacia la derecha, siempre lentamente como precaución para no ser asaltado por el perro, que espiaba el menor signo de movimiento, había logrado bajar dos centímetros el nudo que sujetaba sus muñecas.

Lo primero que vio fue un recuadro transparente. Dentro del mismo se veían más estrellas y, en la parte superior, el disco anaranjado oscuro. Por fin podía verlo con claridad. La parte oscura era la superior, y la inferior era la de color naranja. No parecía más grande que la palma de la mano de Spar. Mientras miraba, vio un súbito destello en la parte anaranjada. Fue un brillo breve que se convirtió de

pronto en un punto negro. Spar experimentó una pena indefinible, esta vez más que nunca.

Entonces vio un espectáculo horrible. Suzy estaba atada a un bastidor metálico, muy pálida, y tenía los ojos cerrados. De un lado de su cuello salía un tubo aspirador rojo que terminaba en cinco ramales. Cuatro de ellos terminaban en las rojas bocas de Crown, Rixende, Phanette y Doucette. El quinto estaba cerrado con un pequeño clip metálico, y más allá del mismo flotaba Almodie, cubriéndose los ojos con las manos.

Crown dijo en voz baja:

-La queremos toda. Quítaselo todo, Rixie.

Rixende obturó el extremo de su tubo y flotó hacia Suzy. Spar creyó que iba a quitarle las bragas azules y los sostenes, pero en vez de esto se puso a masajear una de las piernas de Suzy, apretando siempre en sentido ascendente, de los tobillos hacia la cintura, para que la sangre restante fluyera hacia el cuello. Crown se quitó el tubo de los labios lo justo para exclamar:

-¡Ahhhh! Buena hasta la última gota.

Luego sorbió apresuradamente la sangre que se había acumulado mientras tanto y volvió a meterse el tubo en su lugar.

Phanette y Doucette dejaron oír unas risitas convulsivas. Almodie atisbo por entre los dedos entreabiertos, y volvió a cerrar la mano en seguida.

Al cabo de un rato, Crown dijo:

-Ya no queda más. Phan y Doucie, echadla al triturador principal. Si os ve alguien en el pasillo, fingid que está borracha. Luego obligaremos al doctor a que nos dé una buena dosis, le daremos un trago si se lo merece, y nos beberemos a Spar.

Spar había acercado las muñecas a sus dientes. Hellhound vigilaba, incapaz de notar un movimiento tan lento. Tenía los colmillos llenos de baba, que formaba unas burbujas flotantes de color gris.

Phanette y Doucette abrieron la escotilla y pasaron a través de ella el cadáver de Suzy.

Abrazando a Rixende, Crown se volvió hacia el médico. Parecía estar de humor parlanchín.

-¿Qué, viejo? ¿No te parece bien todo esto? Como dijo un sabio, el pez grande se come al chico. Ellos lo envenenaron todo allá -hizo un gesto hacia el disco oscuro y anaranjado, que estaba a punto de desaparecer del recuadro-. Todavía pelean, pero muy pronto estarán todos muertos. Por tanto, es de justicia que la muerte impere también en este armatoste ridículamente llamado nave de supervivencia. Recuerde que los llevamos a bordo. Cuando nos hayamos bebido la sangre de todos los habitantes de Windrush, terminaremos con la de ellos y hasta con la nuestra si es preciso.

Quiénes serían esos ellos de que hablaba Crown, pensó Spar. El nudo estaba ya junto a sus dientes. Oyó que el gran triturador empezaba a chirriar. En el camarote vecino aparecieron Drake y Fenner, otra vez disfrazados de bebedores habituales, flotando hacia la escotilla abierta.

Pero Crown también los había visto.

-¡A por ellos, Hellhound! ¡Es una orden! -azuzó, señalando con el dedo.

El gran perro negro saltó de su obenque y cruzó la escotilla como una bala. Drake le apuntó con algo y el animal flotó inerte.

Con una risotada, Crown cogió un extremo de una svástica cuyos bordes estaban afilados como hojas de afeitar, y la arrojó contra los intrusos, haciéndola girar con fuerte efecto. Pasó volando junto a Spar y el doctor, no acertó a Drake y Fenner... y golpeó la pared de estrellas.

Hubo una intensa corriente de aire, y al instante la puerta de emergencia se cerró de golpe, condenando la escotilla. A través de la ventanilla transparente, Spar vio que Drake, Fenner y Hellhound vomitaban sangre, se inflaban y en seguida estallaban en una explosión sanguinolenta. El habitáculo de Crown estaba deformado; el casco de Windrush acababa de sufrir una nueva modificación. A lo lejos, cada vez más diminuta, la svástica volaba hacia las estrellas. Phanette y Doucette regresaron.

-Hemos eliminado a Suzy. Alguien se acercaba y tuvimos que darnos prisa. El gran triturador dejó de funcionar.

De un mordisco, Spar cortó las ligaduras de sus muñecas e inmediatamente se dobló sobre sí mismo para deshacer las de sus tobillos.

Crown se lanzó hacia él, y las cuatro chicas hicieron lo mismo después de sacar unos cuchillos.

Phanette, Doucette y Rixende quedaron flotando, completamente lacias: Spar tuvo la impresión de que rebotaban en sus cráneos unas pequeñas bolas negras. No había tiempo para soltarse los pies, por lo que se incorporó. Crown chocó contra su pecho, mientras Almodie le cortaba las ligaduras de los tobillos. Crown y Spar dieron una voltereta alrededor del obenque. Spar intentó propinarle a Crown un rodillazo en la ingle, pero éste lo esquivó mientras ambos volaban hacia la pared del compartimiento.

Entonces se oyó el «clic» de la navaja de Crown al abrirse. Spar alcanzó la muñeca morena y la sujetó con fuerza, enviando un cabezazo a la mandíbula de Crown. Este se volvió para esquivarlo; Spar clavó los dientes en la nuca de Crown y mordió.

La sangre regó el rostro de Spar. Escupió un bocado de sangre. Crown se estremeció y Spar le arrebató la navaja, pero su adversario ya estaba inmóvil, lacio.

Spar sacudió la cabeza para quitarse la sangre. A través de los goterones flotantes vio a Keeper y a Kim, uno al lado del otro. Almodie estaba agarrada a sus tobillos. Phanette, Doucette y Rixende flotaban.

Keeper dijo orgullosamente:

-Lo hice yo, con la pistola para defenderme de los borrachos. Las he dejado sin sentido. Ahora podemos con.irlas el pescuezo, si quieres.

Spar dijo:

-Nada de eso. Basta de sangre.

Desprendiéndose de las manos de Almodie, se acercó a donde estaba el doctor, cogiendo de paso el cuchillo de Doucette, que flotaba por el aire.

Cortó las ligaduras del médico y le libró de la mordaza.

Mientras tanto, Kim silbaba:

-A Keeper le pisspé losss créditosss de la cajjja y losss essscondí. Entonsssess le dijje que ssse losss habíasss quitado tú, Sssspar. Tú y Sssussy. Por esso vino. Keeper esss un sssonssso.

Keeper dijo:

-Vi el pie de Suzy que aún sobresalía del triturador. Lo reconocí por la esclava de corazones de oro. Después de eso, me sentí con fuerzas para liquidar a Crown o a quien fuese. Yo amaba a Suzy.

El doctor carraspeó y gruñó:

-¡Un poco de Niebla de Luna!

Spar halló una bolsa triple, que el doctor vació de un tirón. Luego dijo:

-Crown decía la verdad. Windrush es una nave de supervivencia, construida de plástico y procedente de la Tierra. La Tierra -hizo un gesto hacia el disco anaranjado que se eclipsaba hacia la parte superior de la ventanilla- se envenenó a sí misma con la contaminación y la guerra nuclear. Gastó oro para la guerra y plás-tico para la supervivencia. Más vale olvidarlo. En Windrush nos volvimos locos. Es comprensible, incluso sin la infección por la rickettsia del Leteo, o las fiebres Estigias como vosotros las lla-máis. Se llegó a creer que Windrush era todo el Universo. Crown me secuestró para apoderarse de mis drogas, y me dejaba vivir para que le dijera las dosis.

Spar miró a Keeper:

-Limpia esto -le ordenó-. Y lleva a Crown al triturador.

Almodie se acercó de nuevo a Spar y le rodeó la cintura con los brazos. -Hubo una segunda nave de supervivencia: Circumluna. Cuando Windrush enloqueció, mi padre y mi madre, así como tú, fuisteis enviados aquí para investigar y hallar remedio. Pero mi padre murió y tú contrajiste las fiebres Estigias. Mi madre murió antes de que yo fuese entregada a Crown. Fue ella quien te envió a Kim.

Kim silbó:

-Miss antepassados también llegaron a Windrusshshsh des-de Ssircumiuna. Mi bisssabuela me ensseñó lass sssifrass de Windrushshsh... Orrbita des-de el sssentro de la Luna, doss mil quinientass millass. Período, sseiss horass; porr esso loss díass ssson tan cortoss. Un terranth es el tiempo que tarda la Tierra en passar por una consstelassión, y assí ssussessiva-mente...

El doctor dijo:

-Así pues, Spar, tú eres el único que puede recordar sin prejuicios. Tendrás que hacerte cargo de todo. Es todo tuyo, Spar. Y a Spar no le quedó más remedio que darle la razón.